WERNER HERZOG

del caminar sobre hielo

Lectulandia

En el otoño de 1974, el director de cine Werner Herzog recibe una llamada con la noticia de que su amiga y mentora, Lotte Eisner, estaba muriendo. La respuesta inmediata, cargada de fuerza simbólica, fue negar la posibilidad mediante un desafío: con un par de botas, una brújula y una chaqueta contra el frío y la lluvia, se lanza a caminar desde Munich hasta París (más de 900 kilómetros), confiando en que a través del martirio y la acción podría rescatar a Lotte de la muerte. Este pequeño diario, mezcla de registro físico y viaje mitológico, de travesía y tormentos interiores, puede leerse como una peregrinación que lo enfrenta consigo mismo, que lanza señales en forma de presagios y alucinaciones, y donde Herzog también posee el arrojo del héroe que desafía el destino.

Werner Herzog

Del caminar sobre hielo

Múnich-París 23/11 al 14/12 de 1974

ePub r1.0
Titivillus 10.04.2025

Título original: *Vom Gehen im Eis*
Werner Herzog, 1978
Traducción: Ariel Magnus
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

NOTA PRELIMINAR

A fines de noviembre de 1974 me llamó un amigo desde Paris y me dijo que Lotte Eisner estaba muy enferma y que probablemente moriría, a lo que yo dije que eso no podía ser, no en este momento, el cine alemán aún no podía prescindir de ella, no debíamos permitir que eso sucediera. Agarré una campera, una brújula y un bolso con lo estrictamente necesario. Mis botas eran tan sólidas y nuevas que confiaba en ellas. Tomé el camino más recto hacia París, con la firme creencia de que ella seguiría con vida si yo iba a pie. Además, quería estar a solas conmigo.

Lo que escribí durante el viaje no estuvo pensado para lectores. Ahora, casi cuatro años más tarde, al volver a tomar en mis manos el pequeño anotador, me vi embargado por una rara emoción, y el deseo de mostrarles el texto también a otros, desconocidos para mí, pesó más que la timidez por abrir tanto la puerta a miradas extrañas. Sólo suprimí algunos pasajes muy privados.

W.H.

Delft, Holanda, 24 de mayo de 1978

DEL CAMINAR SOBRE HIELO

Sábado, 23/11/74

Ya después de unos quinientos metros hice la primera parada en el hospital de Pasing, desde donde quería doblar hacia el oeste. Con la brújula marqué el rumbo hacia París, ahora lo sé. Achternbusch había saltado desde la combi Volkswagen en movimiento, no le importó y enseguida volvió a saltar, ahí se quebró una pierna y ahora yace en el pabellón cinco.

El problema, le dije, va a ser el río Lech, porque lo atraviesan muy pocos puentes. ¿Lo cruzarán a uno los pobladores en sus botes de remo? Herbert me tira unas cartas diminutas, del tamaño de la uña del pulgar, dos series de cinco cartas cada una, pero no sabe cómo interpretarlas porque no encuentra la hoja con las instrucciones. Entre las cartas están *The Devil* y en la segunda fila *The Hanged Man*, colgado al revés.

Sol, como en un día de primavera, esa es la sorpresa. ¿Cómo salir de Múnich? ¿Qué tiene ocupada a la gente? ¿Las casas rodantes, los vehículos chocados que se compran al por mayor, los lavaderos de autos? Reflexionar sobre mi persona saca una cosa a la luz: el resto del mundo rima.

Un único pensamiento omnipresente: irse de acá. Las personas me dan miedo. Nuestra Eisner no debe morir, no va a morir, yo no lo permito. No morirá, no. No ahora, no lo tiene permitido. No, no va a morir porque no está muriendo. Mis pasos son firmes. Y ahora tiembla la tierra. Cuando yo camino, camina un bisonte. Cuando descanso, reposa una montaña. ¡Cuidadito! No lo tiene permitido. No lo hará. Cuando llegue a París, ella estará con vida. No será de otra manera porque no está permitido que lo sea. Ella no tiene permitido morir. Más tarde tal vez, cuando nosotros lo autoricemos.

Sobre un campo llovido un hombre agarra a una mujer. El césped está aplastado y sucio.

La pantorrilla derecha quizá me dé problemas, también posiblemente la bota izquierda, adelante contra el empeine. Son tantas las cosas que a uno se le cruzan por la cabeza al caminar; el cerebro enfurece. Ahora un casi accidente poquito más adelante. Los mapas son mi pasión. Empiezan los partidos de fútbol, se traza la línea del medio sobre canchas aradas. Banderas del Bayern en la estación de trenes urbanos de Aubing (¿o Germering?). El tren arremolinó papeles secos al partir; el revoloteo duró bastante, luego el tren se había ido. En mi mano sentía aún la pequeña mano de mi pequeño hijo, esa rara manito en la que el pulgar se deja doblar en contra de la articulación de manera tan peculiar. Miré el remolino de papeles y el corazón quiso partírseme. Lentamente van siendo las dos.

Germering, tabernas, chicos que toman la primera comunión; una orquesta de vientos, la moza lleva tortas y la mesa de los habitués intenta arrebatarle algo. Caminos romanos, fortificaciones celtas, la fantasía trabaja duro. Tarde de sábado, las madres con sus hijos. ¿Cómo se ven de verdad los chicos jugando? No así, como en las películas. Se necesitarían binoculares.

Todo esto es muy nuevo, un nuevo pedazo de vida. Hace un momento estaba parado sobre un puente, y abajo un tramo de la autopista a Augsburg. Desde el auto veo a veces a la gente parada sobre un puente mirando la autopista: ahora soy uno de ellos. La segunda cerveza me baja hasta las rodillas. Un joven extiende un cartel de cartón con un hilo entre dos mesas y sujeta las puntas de la cuerda con cinta adhesiva. La mesa de los habitués grita «¡Desvío!». «¿Ustedes quiénes se creen que son?», dice la moza, luego arranca de nuevo la música muy fuerte. A la mesa de los habitués le gustaría ver que el joven le metiera la mano debajo de la pollera a la muchacha, pero él no se anima.

Sólo si fuera una película creería que todo esto es real.

Dónde voy a dormir es algo que no me preocupa. Un hombre en relucientes pantalones de cuero camina hacia el este. «¡Katharina!», grita la moza, sosteniendo a la altura del muslo una bandeja con un budín. Grita en dirección al sur; a eso yo le presto atención. «¡Valente!», responde gritando uno de la mesa de los habitués. Con eso la mesa se alegra. Un hombre de la mesa de al lado al que tomé por campesino de pronto se revela, con el delantal verde puesto, como el tabernero. De a poco me voy emborrachando. Una mesa cercana me desconcierta cada vez más porque están las tazas, los platos y las

tortas pero absolutamente nadie sentado alrededor. ¿Por qué no hay nadie? La sal gruesa de los *pretzel* me entusiasma tanto que no puedo expresarlo. Ahora todo el local mira en una dirección, aunque ahí no haya nada. Tras estos pocos kilómetros a pie sé que no estoy cuerdo; la certeza me viene desde las suelas. El que no la tiene en la punta de la lengua, la tiene en la punta de la suela. Noto que delante de la taberna había un hombre flaco en silla de ruedas, pero que no estaba paralítico sino que era un cretino, y lo empujaba una mujer que se me borró de la memoria. Las lámparas cuelgan de un yugo para bueyes. En la nieve, detrás del San Bernardino, casi me choco con un ciervo. ¿Quién se hubiera esperado ahí un venado, un enorme venado? Con los valles vuelvo a acordarme de las truchas. Quisiera decir que la tropa avanza, que la tropa está cansada, que la jornada ha sido cumplida. El tabernero del delantal verde debe ser casi ciego, por cómo inclina la cara a sólo centímetros del menú. No puede ser un campesino, porque es casi ciego. Es el patrón de la taberna, sí. La luz se enciende acá adentro, lo que significa que el día afuera está por terminar. Un chico con campera, increíblemente triste, toma Coca atascado entre dos adultos; aplausos ahora para la orquesta. Bien está lo que bien acaba, dice el patrón en el silencio.

Afuera, en el frío, las primeras vacas; eso me emociona. Hay asfalto alrededor del estercolero que humea, dos chicas andan por ahí en patines. Un gato negro azabache. Dos italianos empujan juntos una rueda. ¡Este fuerte olor de los campos! Cuervos que vuelan hacia el este, con el sol bien bajo por detrás. Campos pesados y húmedos, bosques, mucha gente a pie. Un ovejero echa vapor por el hocico. Alling, cinco kilómetros. Por primera vez, miedo a los autos. Sobre el campo han quemado revistas. Ruidos, parece como si doblaran las campanas en los campanarios. La niebla desciende más todavía, bruma. Me quedo parado entre los campos. Pasan traqueteando jóvenes campesinos en ciclomotor. Bien a la derecha, en el horizonte, hay demasiados autos porque todavía se está jugando el partido de fútbol. Escucho cuervos, pero en mí crece un rechazo. ¡No alzar la vista! ¡Que hagan ruido! ¡No obsequiarles ni una mirada, no alzar la vista de la hoja! ¡No, negativo! ¡Los cuervos, que hagan lo que quieran! ¡No voy a mirar ahora! Un guante empapado por la lluvia en el campo y agua fría en las huellas del tractor. Los adolescentes en sus ciclomotores avanzan sincrónicamente hacia la muerte. A la memoria me vienen nabos no cosechados, pero juro por Dios que no hay nabos sin cosechar a mi alrededor. Un tractor inmenso y amenazador se me viene encima, quiere venírseme encima, busca aplastarme, pero yo resisto. Me prestan apoyo a mi lado trozos de telgopor blanco de un embalaje. A través de

los campos arados escucho conversaciones muy lejanas. Hay un bosque, negro y rígido. La luna traslúcida está a medio camino a mi izquierda, o sea hacia el sur. Por todas partes hay aún aviones monomotor, aprovechando la tarde antes de que llegue el cuco. Diez pasos más adelante: el cuco llega el día de nunca jamás. Acá donde estoy parado hay un poste de señalización caído, negro y naranja, cuya punta indica el noreste. En el bosque, siluetas muy tranquilas acompañadas por perros. La zona que atravieso apesta a rabia. Si estuviera sentado en uno de los silenciosos aviones que pasan por acá arriba, en una hora y media llegaría a París. ¿Quién está cortando leña? ¿Suena el reloj de una torre? Bueno, sigamos.

Hasta qué punto nos hemos convertido en los autos en los que vamos sentados es algo que se ve en las caras. La tropa descansa con la pierna izquierda sobre el follaje podrido. Se me impone el endrino, quiero decir como palabra: la palabra *endrino*. Pero en vez de eso yace ahí la llanta de una bicicleta, sin cámara, con corazones rojos pintados alrededor. Por las huellas veo que en esta curva se han extraviado algunos autos. Pasa caminando un hostal de montaña, grande como un cuartel. Hay allí un perro, un monstruo, un ternero. Enseguida sé que me va a atacar, pero por suerte se abre la puerta y el ternero la atraviesa en silencio. Entran en cuadro las piedritas, luego se pierden bajo las suelas, delante de las cuales podían observarse movimientos en la tierra. Chicas menores de edad en minifaldas terminan de arreglarse para subirse a los ciclomotores de otros chicos menores de edad. Dejo pasar a una familia; la hija se llama Esther. Un campo de trigo no cosechado, invernal, ceniciento, que crepita, y sin embargo no hay viento. Es un campo llamado Muerte. Encontré en el piso un pedazo de papel artesanal blanco, empapado de humedad, y lo levanté, ávido por poder leer algo en la cara que estaba apoyada sobre el campo mojado. Sí, estaría escrito. Ahora que el papel está vacío, ninguna decepción.

En lo de los campesinos Döttel, todos han cerrado todo. Un cajón de cerveza con botellas vacías espera al recolector al costado del camino. Si el ovejero —o mejor dicho: ¡el lobo!— no deseara tanto mi sangre, me contentaría por esta noche con su cucha, que adentro tiene heno. Se acerca una bicicleta, y cada vez que el pedal completa una vuelta pega contra el protector de la cadena. A mi lado corren los guardarrails; arriba, la electricidad, que ahora crepita de tensión sobre mi cabeza. Esta colina no invita a nadie a nada. Allí abajo, un pueblo anida en sus propias luces. Lejos, a la derecha, casi silenciosa, debe haber una calle animada. Conos de luz, ni un sonido.

Cómo me asusté al forzar una capilla antes de llegar a Alling. Quería ver si podía dormir ahí adentro, pero me encontré con una señora que rezaba acompañada de un San Bernardo. Los dos cipreses que tenía adelante hicieron que mis temores me bajaran por los pies y se perdieran en lo insondable. En Alling ya no hay ningún restaurante abierto. Anduve husmeando alrededor del oscuro cementerio, luego junto a la cancha de fútbol, después al lado de un edificio nuevo que tiene las ventanas cubiertas con plásticos. Alguien nota mi presencia. Saliendo de Alling, un pantano, sospecho chozas de adobe. Espanto unos mirlos de un arbusto, una gran bandada asustada que se desvanece en la oscuridad. La curiosidad me lleva al lugar correcto, una casa de fin de semana, jardín cerrado, puentecito sobre el estanque; está bajo llave. Lo hago de la manera directa que aprendí de Joschi. Primero reventar una persiana, después hacer astillas un vidrio y ya estoy adentro. Hay un banco esquinero y gruesas velas decorativas, aunque prenden; cama no hay, pero sí alfombras mullidas, dos almohadones y una botella de cerveza todavía sin beber. Un sello rojo de cera en una esquina. Un mantel con un diseño moderno de principios de los años cincuenta. Arriba de eso, un crucigrama apenas resuelto en una décima parte, aunque los garabatos al margen revelan que ya habían probado todas las palabras. Resueltas están: ¿Cobertura de cabeza? Sombrero. ¿Vino espumoso? Champán. ¿Para comunicarse a distancia? Teléfono. Resuelvo el resto y lo dejo como *souvenir* sobre la mesa. Es un lugar magnífico, alejado de todo. Ah, sí, ahí dice ¿oblongo, redondo?, vertical, cuatro letras, termina con la L de teléfono, horizontal; no se halló la solución, pero la primera letra, la primera casilla, está remarcada varias veces con birome. Una mujer que caminaba con una jarra de leche por una calle nocturna del pueblo siguió ocupando mis pensamientos largo rato. Los pies están bien. ¿Habrá truchas en el estanque?

Domingo, 24/11/74

Afuera hay niebla, un frío indeciblemente helado. Sobre el estanque flota una membrana de hielo. Los pájaros se despiertan; ruidos. En el puentecito mis pasos suenan huecos. Me sequé la cara en la cabaña con una toalla que estaba ahí colgada; olía tan fuerte a transpiración que voy a llevar el olor conmigo todo el día. Primeros problemas con las botas, todavía son tan nuevas que me aprietan. Trato con un poco de gomaespuma, cuido cada movimiento como un animal, y creo que también tengo pensamientos de animal. Adentro, junto a la puerta, cuelga un llamador: tres pequeños cencerros atados entre sí, con un

badajo en el medio y una borla para tirar. Para comer, dos barritas Nuts; tal vez hoy llegue al Lech. Gran cantidad de cornejas me acompañan en la niebla. Un campesino transporta estiércol un domingo. Graznidos en la niebla. Las huellas de tractor son muy profundas. En medio de una granja había una enorme montaña achatada de remolachas azucareras mojadas y sucias. Angerhof: me perdí. Simultáneamente, desde varios pueblos tras la niebla, campanas de domingo; debe estar empezando la misa. Sigue habiendo cornejas. Las nueve.

Colinas míticas en la niebla, hechas de remolachas azucareras, a lo largo del camino campestre. Un perro afónico. Pensando en Sachrang, corto un pedazo de remolacha y me lo como. El jarabe tenía mucha espuma en la superficie, creo; el gusto me trae eso a la memoria. Holzhausen: la calle emerge. En la primera granja, algo cosechado cubierto por una tela plástica, con viejos neumáticos haciendo peso. Al caminar, uno se cruza con muchas cosas desechadas.

Breve pausa cerca de Schöngeising, a la vera del Amper; terreno enmarañado, praderas junto al bosque y miradores. Desde uno de los miradores se puede ver Schöngeising; la niebla se disipa, vienen los arrendajos. En la casa, por la noche, hice pis dentro de una vieja bota de goma. Un cazador, junto a un segundo cazador, me preguntó qué buscaba ahí arriba. Le dije que su perro me gustaba más que él.

Wildenroth, Posada del Viejo Cantinero. Seguí el Amper; casas de fin de semana vacías, en estado de hibernación. Un hombre viejo, envuelto en humo, llenaba con alimento una casita para pájaros junto a un abeto decorativo. El humo provenía de la chimenea. Lo saludé y dudé en preguntarle si no tenía café caliente sobre la hornalla. A la entrada del pueblo vi a una vieja chiquita de piernas curvas con la demencia grabada en el rostro; empujaba una bicicleta, repartiendo el *Bild* del domingo. Avanzaba hacia las casas furtivamente, como si fueran el enemigo. Un chico quiere jugar a los palitos chinos con un manojo de pajitas de plástico. La moza justo está comiendo; se acerca masticando.

En mi rincón cuelga un arnés para caballos, dentro del cual han colocado un farol de calle rojo a modo de iluminación. Arriba hay un parlante, de donde vienen la música de cítaras y los gritos de *hollereidi*. Mi bello Tirol.

Una bruma fría se aleja de los sembradíos agrietados. Dos africanos caminaban adelante mío, enfrascados en su conversación y haciendo ademanes bien africanos. Hasta último momento no se percataron de que yo estaba detrás de ellos. Lo más desolador fueron las vallas de la *Hot Gun Western City* en medio del bosque, todo yermo, frío, vacío. Unas vías que jamás volverán a funcionar. El camino se hace largo.

Durante kilómetros a campo abierto, seguí por el costado de una ruta a dos jóvenes bellezas aldeanas. Una de ellas iba con minifalda y carterita; caminaban un poco más despacio que yo. Durante kilómetros las estuve alcanzando constantemente. Me veían de lejos, se daban vuelta, aceleraban, y luego volvían a avanzar algo más despacio. Recién llegando al pueblo se sintieron más seguras. Creo que se decepcionaron cuando las sobrepasé. Luego una granja al borde del pueblo. Ya de lejos vi a una mujer mayor en cuatro patas intentando en vano ponerse de pie. Hacía algo así como flexiones de brazos, fue lo primero que pensé, pero estaba tan rígida que no subía. Con esfuerzo avanzó en cuatro patas hasta un rincón de la casa, detrás de la cual estaba su gente. Hausen, cerca de Geltendorf.

Desde una loma atravieso con la mirada el campo, que se extiende como una honda pradera. En mi dirección, Walteshausen; apenas hacia la derecha, un rebaño de ovejas. Oigo al pastor, pero no lo veo. El campo está muy desolado y quieto. A lo lejos, un hombre cruza el paisaje. Philipp escribía palabras en la arena delante mío: *mar*, *nubes*, *sol*, luego una palabra inventada por él. Nunca hasta ahora le ha dicho jamás a nadie ni siquiera una sola palabra. En Pestenacker la gente me parece irreal. Y ahora empieza: ¿dónde dormir?

Lunes, 25/11

Pasé la noche cerca de Beuerbach, en un pajar que abajo sirve de cobertizo para vacas, con el suelo barroso y fuertemente pisoteado. Arriba estaba pasable, sólo me faltaba luz. La noche se hizo larga, pero con calor suficiente. Afuera corren nubes bajas, está tormentoso, todo gris. Los tractores tienen los faros encendidos, aun cuando la claridad alcanza. Después de cien pasos, un cruce de caminos con banquitos. Qué amanecer a mis espaldas. Una pequeña rendija se abrió en las nubes: un sol así de sangriento es el que sale el día de la batalla. Álamos flacos y deshojados, un cuervo vuela aunque le falta un cuarto de ala, eso anuncia lluvia. Pasto lindo y seco a mi alrededor, agitándose en la tormenta. Delante del banco, la huella de un tractor sobre el

campo arado. Silencio sepulcral en el pueblo, da la impresión de haber cumplido con su trabajo y ya no querer despertar. Principio de ampollas en ambos talones, sobre todo el derecho; ponerse los zapatos requiere mucho cuidado. Debería llegar hasta Schwabmünchen para conseguir apósitos y dinero. Las nubes avanzan en mi dirección. Dios mío, qué pesados están los campos por la lluvia. Los pavos chillan alarmados desde una granja a mis espaldas.

Antes de Klosterlechfeld. Incluso sin puente, noto ahora, el Lech no habría sido un problema. El paisaje me recuerda a Canadá. Cuarteles, soldados en casas de chapa acanalada, búnkers de la Segunda Guerra Mundial. Un faisán alzó vuelo a sólo un metro de mí. Dentro de un tambor de metal arde un fuego. Una parada de ómnibus abandonada; los chicos la pintarrajearon con tizas de colores. Un pedazo de pared de plástico corrugado golpea en el viento. Acá hay pegado un anuncio de que mañana se cortará la electricidad, pero en cien metros a la redonda no se ve nada eléctrico. Lluvia. Tractores. Los autos siguen con las luces encendidas.

Tormenta enfurecida y lluvia enfurecida desde el Lech hasta Schwabmünchen. No vi nada, salvo eso. Estuve parado infinitamente en la carnicería, con pensamientos asesinos. La moza en la taberna entendió todo de una sola mirada; eso me hizo bien, ahora me siento mejor. Afuera, un patrullero y policías, más tarde voy a dar un gran rodeo. Al cambiar mi billete grande en el banco tuve la decidida sensación de que la cajera iba a disparar la alarma en cualquier momento, y sé que yo habría salido corriendo. Toda la mañana anduve famélico de leche. A partir de este punto me quedo sin mapa. Lo que más me hace falta: una linterna chica y apósitos.

Al mirar por la ventana había un cuervo sobre el techo de enfrente, sin moverse y con la cabeza inclinada en la lluvia. Mucho más tarde seguía en el mismo lugar, inmóvil y congelándose, solitario y silencioso con sus pensamientos de cuervo. Me corrió por dentro un sentimiento fraternal y la soledad llenó mi pecho.

Granizo y tormenta, la primera ráfaga casi me alza en vilo. Se puso negro sobre el bosque y enseguida pensé que esto no iba por el buen camino. Ahora la cosa pasó a nieve. Veo mi reflejo sobre la calle mojada. Desde hace una hora, breves vómitos constantes, justo como para llenarme la boca; tomé la leche demasiado rápido. Las vacas acá se lanzan al galope de la manera más

inesperada. Busco refugio bajo el techo de una parada de ómnibus de madera descascarada, pero como está abierta hacia el oeste, la nieve corre hasta mi rincón más alejado. Con la tormenta y la nieve y la lluvia se arrastran ahora también las hojas, que se me pegan firmemente y me cubren por completo. Fuera de acá, sigamos.

Breve descanso junto a un pequeño bosque. Puedo ver el valle, tomo un atajo sobre praderas mojadas que hacen ruido a masticación; acá la ruta da una amplia curva. Eso sí que fue una tormenta de nieve; ahora todo vuelve a tranquilizarse, de a poco me voy secando. Adelante, Mickenhausen, pero dónde demonios quedará. De los abetos aún caen gotas sobre el suelo cubierto de agujas de pino. Humeo desde los muslos como un caballo. Terreno con colinas, mucho bosque ahora; todo me resulta tan desconocido. Cuando me acerco, los poblados se hacen los muertos.

Antes de Mickenhausen (¿Münster?), volví a doblar un poco hacia el oeste, siguiendo un pálpito. Me molestan las ampollas en la base de ambos dedos gordos. ¿Cómo puede doler tanto caminar? Arriba de un poste de teléfono colgaba de su cinto un operario que miró inconmovible y sin disimulo a este hombre doliente acá abajo, con su peso metido dentro del grueso cinturón y fumando una pipa. Dejó de aspirarla cuando pasé lentamente por debajo y me siguió largo rato con los ojos. De pronto me quedé como petrificado en el lugar, giré sobre mis talones y le devolví la mirada. Entonces de repente apareció una cueva sobre la ladera de la montaña, detrás de él, gritando hacia el mar con la boca bien abierta. Todos los ríos confluían y llegaban a su fin en el mar, y también lo grotesco se aglomeraba en la costa, como en todas partes de esta Tierra. Sobre las cosas se cernían silbidos y gemidos extraños, como de otro mundo: eran los planeadores trazando sus círculos sobre las laderas. Más adelante, en dirección al amanecer, desde donde también resonaban cañonazos lejanos, había una estación de radar sobre el pico de una montaña, enigmática y siempre silenciosa como una gran oreja, pero emitiendo ella misma, hacia lo profundo del universo, gritos inaudibles. Nadie sabe quién construyó la estación, quién la maneja, a quién está dirigida. ¿O será que el operario atado al poste tendrá algo que ver con ella? Cómo me miró mientras me alejaba. A menudo la estación de radar está envuelta en nubes, luego se abren, el sol se pone, mientras yo me quedo parado, los días transcurren y la estación siempre inmóvil con la mirada fija en los últimos confines del cosmos. Sobre la montaña boscosa de Sachrang, en los últimos días de la guerra un avión arrojó un aparato metálico que se podía identificar sobre las

copas de los árboles por una bandera. Los chicos estábamos seguros de que la bandera se movía de árbol en árbol, que el misterioso aparato avanzaba. Durante la noche partieron unos hombres, y cuando volvieron, al amanecer, no querían dar información sobre lo que habían encontrado.

Lindo paisaje con colinas, mucho bosque, todo en silencio. Un azor chilla. Sobre la cruz detrás mío dice: *Antes de que la noche caiga, todo puede cambiar respecto al alba; mientras en este mundo haya de vivir, estoy en constante peligro de morir. Dios mío, ruego por la sangre de Cristo que me concedas un buen final. El tiempo va hacia la eternidad*.

Me di cuenta de que la calle iba doblando cada vez más hacia el sur, de modo que seguí a campo traviesa. Kirchheim, luego rodeo un bosque, se va acercando el atardecer; Obergessertshausen: no hice parada porque la oscuridad es casi total. Deambulo más de lo que camino. Las piernas me duelen tanto que casi no puedo poner una delante de la otra. ¿Cuánto son un millón de pasos? Cuesta arriba hacia Haselbach, veo algo en la oscuridad, pero al tambalearme hasta allí resulta ser sólo un sucio refugio para vacas. El barro mojado del suelo está pisoteado hasta las rodillas por las pezuñas, enseguida se me forman en los pies pelotas pegajosas que pesan kilos. Sobre una elevación, antes de llegar a Haselbach, aparecen dos casitas de vacaciones. Fuerzo la más linda sin causar roturas. En el interior hay restos de un banquete de hace no mucho tiempo. Un juego de naipes, un vaso de cerveza vacío, el calendario puesto en noviembre. Afuera hay tormenta y adentro hay ratones. ¡Qué frío hace!

Martes, 26/11

Algo más de claridad tras comprar en Kirchheim un mapa Shell. Por la noche hubo una tormenta fuerte, a la mañana aún había hilachas de nieve derritiéndose por todas partes. Lluvia, granizo, ésas son las órdenes menores. Al examinarla con mayor detenimiento, la cabaña tenía mayales y horquillas en las paredes, para aparentar rusticidad, también bastones de paseo enchapados con emblemas, rastrillos en cruz, una hoja de calendario con la *playmate* de septiembre. Sobre la ventana, fotos de los habitantes sacadas en una cabina automática; me hacen acordar mucho a gente como Zef y Schinkel. El hombre de la estación de servicio me dirigió una mirada tan irreal que me fui rápido al baño para cerciorarme frente al espejo de que aún tengo aspecto humano. Qué más da, ahora me voy a dejar soplar por la

tormenta alrededor de la estación de servicio hasta que me salgan alas. Esta noche seré el rey en la próxima casa que fuerce, ese es mi castillo. Un reloj de cocina, una vez puesto en marcha, anuncia en grande el último final. El viento agita el bosque allá afuera. A esta mañana la noche le llegó ahogada en olas frías y grises. Me fascinan enormemente los paquetes de cigarrillos a la vera del camino, sobre todo cuando no están estrujados; se hinchan con facilidad, adquieren algo de cadáveres, los bordes ya no son tan marcados y el celofán se empaña por dentro; es el vapor que se condensa en gotitas de agua por efecto del frío.

¿Cómo le estará yendo a Lotte Eisner? ¿Vive? ¿Avanzo con la suficiente rapidez? Creo que no. El campo está tan vacío, para mí es la misma desolación que aquella vez en Egipto. Si realmente logro llegar, nadie va a saber lo que significó este viaje. Los camiones andan bajo la triste lluvia. Kirchberg-Hasberg-Loppenhausen, un lugar del que no hay nada para decir. Al final, hacia el oeste, una pequeña población de casuchas, todo muy provisorio, como si ahí vivieran gitanos que se hubieran asentado sin mucho entusiasmo. A través del bosque puedo ver más allá. Los abetos se mecen unos contra otros, las cornejas vuelan contra el viento tormentoso, sin avanzar ni un poquito. Han construido toda una población sobre grandes espigas de trigo, una casa por espiga. Las casas se tambalean majestuosamente y chocan entre sí sobre sus inmensos tallos; el pueblo entero se mece y tambalea. El azor planea de espaldas al viento sobre los abetos, en un mismo sitio, luego es alzado verticalmente y da la vuelta. Un corzo saltó al camino y patinó sobre el asfalto como sobre un parquet encerado. Hace mucho frío, delante mío cayó nieve, aún queda un poco entre los pastos aplanados. Una rama que creció a través de un árbol me hizo perder la calma, a lo que se agregaron los ladridos desde un pueblo muerto. ¡Cómo me gustaría ver a alguien arrodillado ante una de las cruces al costado del camino! El día entero vuelan aviones a baja altura; en un momento uno me pasó tan cerca que creo haberle visto la cara al piloto.

Kettershausen: fue muy difícil llegar hasta acá, tan grande es el cansancio que tengo. Ningún pensamiento ya. ¿No había ahí un viejo jubilado sobre un sofá de cuero en una fonda entibiando su cerveza con un calentador de cerveza? Y el dueño de cara roja, ¿no estaba cerca de tener un ataque? Casi no entiendo el dialecto de la zona. Matzenhofen, Unterroth, Illertissen, Vöhringen.

Miércoles, 27/11

Vöhringen, pasé la noche en un hostal. Lo primero a la mañana fue comprar apósitos y alcohol para los pies. Afuera cae la nieve a lo loco. Estuve mirando los copos largamente. Vi un desfile de monjas junto a unos alumnos de secundaria, se abrazaban por la cintura y los hombros con desenfado, queriendo mostrar ostentosamente que no pasaba nada, que las monjas de hoy piensan moderno. Todo parecía escenificado para verse tremendamente divertido y relajado, pero olía a hipocresía. Una de las monjas dejaba asomar tras el escote bajo su espalda el tatuaje de un águila que iba de un omóplato al otro. Después vi a Wolfgang de atrás en la calle Amalien; lo reconocí al instante. Pensaba con tanta intensidad que escandía sus pensamientos con fuertes gestos, como si hablara. Desapareció en una turba de copos de nieve que se me vino encima desde una casa cerrada.

Puente sobre el Iller, ruta en dirección a Beuren a través de un bosque, de pronto un gran claro. Alrededor me miraba el bosque, grande y negro y en rígido silencio de muerte. Desde lo profundo de la madera llegó el chillido de un águila ratonera. A mi lado, una zanja llena de agua repleta de largos pastos recostados. El agua es tan cristalina que me asombra que la zanja no se haya congelado. Le tiré un poco de escarcha con la bota y resultó que sí había hielo arriba, una capa fina tan transparente como la pared de un acuario. Una desolación como esta no hubo hasta ahora en ninguna parte. Un poco más adelante había una capilla junto a un cruce de caminos. Los escalones llevaban directo a un charco lleno de agua clara como el hielo, en cuyo fondo había hojas sucias de roble. Qué silencio que me rodeaba.

Sobre la calle de asfalto las lombrices intentaron escapar a la helada. Son todas bien flacas y largas. Un trepador azul golpeaba un árbol, y me quedé parado un rato para escucharlo porque me tranquiliza. Poco después, en el lugar más solitario, el más solitario de todos, vi un zorro. La punta de la cola se le había coloreado de blanco. Schwüpflingen-Bihalfingen, me siento bajo el techo de una parada de ómnibus; en la escuela cercana están en recreo. Llegó un chico, saludó y luego salió corriendo. El cura tiene algo para decirme al pasar. La escuela se ha tragado a los chicos. Los gorriones se descongelan gota a gota desde el techo. Todavía hay manzanas congeladas en los árboles pelados en las laderas de las colinas.

Laupheim, restaurante de estación: compré el *Süddeutsche*, no tengo idea de lo que pasa en el mundo. Confirmación, además, de que hoy recién es miércoles: había estado adivinando. Untersulmetingen, luego a través del bosque, un bosque silencioso con hojas de trébol verdes sobre el piso mojado de nieve. Mientras cagaba, un conejo me pasó a un manotazo de distancia, sin verme. Alcohol en el muslo izquierdo, que me duele a cada paso desde la ingle para abajo. ¿Por qué caminar es tan doloroso? Me doy ánimos solo, porque nadie me los da. Bockinghofen-Sontheim-Volkertsheim. En Sontheim me vio un policía, puso cara rara y me controló. Pernoctar se hará difícil, la zona es mala. Industrias, olor a estiércol, silos con forraje, bosta de vaca.

Jueves, 28/11

Hice noche en un granero pasando Volkertsheim, no había ninguna otra cosa a lo largo ni a lo ancho y por eso me quedé, aunque recién eran las cuatro y media. Qué noche. La tormenta rabiaba de tal modo que sacudía la barraca entera, aunque estaba firmemente construida. La lluvia y la nieve se colaban por la cumbrera del techo y yo me enterré en la paja. En un momento me desperté con un animal durmiendo sobre las piernas. Cuando me moví, se asustó más que yo; creo que era un gato. La tormenta se hizo tan violenta que no puedo recordar haber vivido nada igual. Una mañana negra, de cielo cubierto, nublada y fría como sólo puede serlo una mañana tras una gran desgracia, tras una gran epidemia sobre los campos. El cobertizo está lleno de nieve del lado del viento, los sembradíos profundamente negros con blancas líneas de nieve. La tormenta fue tan fuerte que la nieve ni se posó dentro de los surcos. Nubes bajas barren el cielo. Las elevaciones más pequeñas, de apenas cien metros, están cubiertas de nieve blanca. Las perdices sólo se distinguen en el paisaje durante el breve momento en que alzan vuelo. La verdad es que jamás vi un oscurecimiento como éste. La nieve pegó contra los carteles de la ruta y ahora las planchas de nieve se deslizaron un poco hacia abajo, pero quedan colgando. Cerca de Rottenacker llegué al Danubio, el puente me pareció tan insigne que estuve largo rato mirando el agua. Había un cisne con manchas grises que luchaba contra la corriente pero sin moverse del lugar, incapaz de nadar más rápido que la corriente. Por detrás, la rejilla de un molino; adelante, el agua cae por un canto abrupto, de modo que sólo tiene un pequeño espacio para su actividad. Después de un rato de fuertes pataleos y pisoteos en el lugar, debe regresar a la orilla. Camiones de construcción, suciedad de ruedas de tractores, viento arremolinado, nubes

bajas. De pronto me encuentro entre chicos de colegio, la escuela terminó. Al final del pueblo me examinan, y yo a ellos.

Munderkingen. De nuevo empieza el muslo izquierdo de la ingle para abajo; eso me enoja, porque si no la cosa andaría. Acá hay feria anual y feria ganadera, por todos lados campesinos en botas de goma, transportes de chanchos, vacas. Me compré un gorro, un pasamontañas, un poco demasiado chico y extraordinariamente horrible. Y después unos calzoncillos largos. En las afueras del lugar hay una pequeña iglesia, ubicada un poco de costado, junto a una casa rodante habitada. Salió un hombre mayor y se inclinó largo rato sobre unos rosales pelados y muy podados. Me desvestí en una esquina de la iglesia. El viento hacía revolotear una hoja de árbol en círculos sobre mi cabeza. A lo lejos, retumbar de cañones y aviones caza; así describía mi madre el principio de la guerra. Un par de kilómetros más adelante, un avión caza en vuelo rasante atacó unos matorrales, los matorrales dispararon con todo lo que tenían: no eran más que tanques camuflados que giraban y disparaban vertiginosamente rápido, mientras el caza atacaba desde todos los ángulos imaginables.

Ruta horrible, luego Zwiefalten, ahora empiezan los Alpes de Suabia, más arriba hay nieve tupida. Una campesina me habló de la tormenta de nieve y yo guardé silencio. Geisingen, gente cansada en pueblos abandonados que ya no esperan nada. Silencio de nieve, el negro de los campos vuelve a asomar debajo de la nieve. Hace años que las puertas de Genkingen golpean en el viento. Vi gorriones sobre un montículo de bosta que había dejado de humear. Agua de deshielo corre hacia las alcantarillas. Las piernas caminan.

Pasando Geisingen empiezan los remolinos de nieve y ando con ritmo acelerado, sin parar, porque estoy mojado hasta la piel y si me quedo quieto enseguida me congelo; así al menos mantengo el calor. Nevisca mojada tan intensa de frente y a veces también de costado que tengo que recostarme contra ella y enseguida quedo cubierto de nieve de ese lado, como un abeto. Ay, cómo celebro mi gorro. En viejas fotos marrones, los últimos navajos marchan, agazapados sobre sus caballos y envueltos en mantas en la tormenta de nieve, hacia la extinción; la imagen no se me va de la mente y aumenta mi resistencia. La ruta se borra en un instante bajo la nieve. En medio de la tormenta, un tractor queda varado sobre el campo pesado con los faros encendidos, ya no puede seguir avanzando; el campesino se ha dado por vencido y sólo atina a estar parado al lado, sin entender más nada. Nosotros

dos, los fantasmas, no nos saludamos. Ay, es un camino tan duro, y el viento que pega con la nieve ardiente directo en la cara, completamente horizontal. En general es en subida, pero también en bajada duele todo. Hago salto con esquíes, me recuesto sobre la tormenta, bien inclinado hacia adelante, los espectadores a mi alrededor son un bosque, solidificadas estatuas de sal, el bosque abre la boca. Vuelo y vuelo y no paro. Ey, gritan ellos, ¿y ése por qué no para? Pienso que es mejor seguir volando antes de que se den cuenta de que mis piernas están tan rotas y rígidas que cuando aterrice se van a desmigajar como cal. No dejes que se note nada, seguí volando. Luego vi un viticultor enano sobre un tractor, luego mi chiquito escuchó sobre mi pecho para ver si el corazón aún me latía. También el reloj que le di sigue andando, él dice que hace tic-tac. Siempre quise una postal del dique que se rompió cerca de Frejus, por el paisaje. Y en Viena, cuando se derrumbó el puente del Danubio al amanecer, un testigo que justo quería cruzarlo dijo que el puente se había recostado lentamente, como un hombre mayor que se va a dormir. Alrededor hay campos de maíz, lo cual invita a la reflexión.

El tobillo derecho empeoró mucho. Si se sigue hinchando, no sé qué voy a hacer. Acorto las curvas en bajada hacia Gammertingen, son demasiado empinadas y duelen. Durante un giro cerrado, sé de pronto qué es un menisco, algo que hasta ese momento sólo conocía en teoría. Estoy tan dramáticamente empapado que frente a una fonda dudo largo rato si entrar o no. Pero la necesidad vence al peor espanto. Haile Selassie fue ejecutado. Su cadáver fue incinerado junto a un galgo ejecutado, un chancho ejecutado y un gallo ejecutado. Las cenizas mezcladas fueron esparcidas sobre los campos de un condado inglés. Qué tranquilizador puede ser eso.

Viernes, 29/11

No fue una buena noche, por eso estoy quejoso por la mañana. Llamada telefónica desde la oficina del correo. Horrible tramo con mucho tránsito hacia Neufra, atravesando unas sierras. Ir directo por el campo es prácticamente imposible. Arriba, en Bitz, una tormenta espantosa, todo está nevado. Después de Bitz, subiendo por un bosque, empieza una ráfaga de nieve furibunda. Incluso dentro del bosque los copos caen girando como por efecto de un tornado; ya no me animo a salir a campo abierto porque ahí la nieve pega horizontalmente. Y eso que todavía no estamos en diciembre; hace muchos años que acá no ocurre algo ni cercano a esto. Me levanta un camión

que pasa por una ruta aledaña. Avanza con mucho cuidado, a paso de hombre. Juntos, sacamos rápido un auto que se había quedado varado en la nieve. En Trudelfingen veo que es imposible seguir, el torbellino es bestial. Tailfingen, de nuevo en una fonda, cuelgo mis cosas. Estancado todo el día, cero movimiento, cero reflexión, me pongo en punto muerto. La ciudad es horripilante, muy industria l, turcos desconsolados, una sola cabina telefónica. Una soledad muy fuerte, además. El chiquito ya debe estar en la cama, abrazado al borde de su frazada. Hoy, según oigo, dan la película en el Leopold, no creo ya en la justicia.

Sábado, 30/11

Aún en Tailfingen. Empezaba con un túnel donde había autos estacionados, la policía los registraba. Nosotros pasábamos armando escándalo con el auto y hacíamos algo indebido. En casa, lo primero que quería era ordenar un poco el caos en el vehículo, y por eso durante el viaje iba tirando todo afuera, principalmente papeles viejos. De pronto, en el desorden, encontraba dos revistas policiales, y adentro las fotos más lindas que hubiera visto jamás. Eran imágenes de un país que me dejaban sin aliento. ¿Pero cómo había llegado algo así a una publicación de la policía? Estaba atravesando ese país por un camino magnífico, bajo un grupo magnífico de árboles gigantescos. Arriba de las copas había una casa magnífica, todo un palacio aplanado hecho de simples cortezas y bambúes, pero increíblemente maravilloso. Los papagayos chillaban, luego chillaban las mujeres y los chicos. Caían cáscaras de algún tipo de nueces que alguien comía más arriba. De pronto, descubría que era el palacio de Lon Nol en Camboya. Sólo me torturaba un pensamiento: cómo era posible todo eso, si él estaba paralítico a causa de un derrame cerebral. Luego estaba estacionada la casa rodante de los Richthofen, el hombre era D. H. Lawrence. En los asientos de adelante estaban tirados los chicos, la nena de once años y el nene de diez. Los padres dormían en la parte de atrás; los chicos se levantan para hacer pis. Se acerca en silencio un vehículo militar, encabezando una rara caravana que nadie debe ver. A los chicos no los descubren, porque están a la sombra de unos arbustos. Es una caravana de heridos a los que transportan en camillas, tan desfigurados que deben permanecer ocultos a la población. Con ellos hay enfermeras que sostienen en alto las bolsas con suero, y todos los heridos están unidos sistemáticamente entre sí en cadena. El líquido fluye de un cuerpo al otro y al otro, y así. Uno del medio de la fila muere durante el transporte y una de las

enfermeras camboyanas no lo advierte por haberse quedado dormida. Al descubrirlo, se lo reprochan, ya que el líquido no atraviesa a un muerto y no puede llegar hasta el siguiente herido, de modo que todos los que vienen detrás quedan secos. Luego aparecía un avión biplano, un modelo antiquísimo, manejado con tal precisión que levantaba un pañuelo del piso con la punta del ala. Con Farocki fabricábamos napalm y lo probábamos al aire libre junto a una montaña de basura; lo necesitábamos con urgencia para demostrar su horror. Nos descubrían, pero nosotros lo negábamos. Escuché cornejas, me levanté de un salto, abrí la ventana y en la casi oscuridad volaban cornejas sobre la ciudad. Todo está blanco de nieve, la ciudad está cubierta. La mañana surge desde la máxima negrura, y eso no es un sueño. Antes de que abra el centro comercial, un vendedor saca a la calle un caballo de madera sobre un carrito y lo enchufa con un cable a la corriente. Por todas partes los dueños de los comercios liberan la vereda a paladas.

Nieve profunda pasando Pfeffingen; al bajar por el bosque, el agua fluye a la misma velocidad que ando yo sobre la calle, plana y formando olas que laten extrañamente. Han esparcido sal. Un auto se salió de la calle, bajó por una pequeña pendiente y pegó contra un manzano solitario. Unos jóvenes y un par de campesinos opinan que se lo puede empujar de nuevo hacia la ruta, pero es imposible que la fuerza humana alcance para algo así. Lo levantamos ligeramente, de manera simbólica.

Decido ir por Bergfelden en vez de por Zillhausen. Cae nieve en densos copos, pero sin viento, así la cosa va. Cuesta arriba hasta Bergfelden, cada vez más parecido a un cuento de hadas, inmensas hayas que se cierran hasta formar un techo, todo cubierto de nieve y muy desolado. Dos viejos campesinos me convidaron limonada porque su única vaca había dado poca leche. Decido tomar el sendero del Schalksburg. ¡Qué camino! Primero atraviesa un campo con nieve hasta la rodilla, no se reconoce ninguna senda, luego todo se va angostando hasta llegar a una delgada cresta, ahí sí con el sendero bien reconocible. Huellas de venado. Los árboles y los arbustos tienen un aspecto completamente irreal, hasta las ramas más finitas están recubiertas de nieve en copos. La bruma se abre y bien abajo hay un pueblo gris y negro. Luego, una pendiente empinada a través del bosque en dirección a Frommern. Abajo está más mojado, la nieve se termina y asoma un horrible pasto frío y húmedo. Balingen, Frommern, todo de una fealdad insignificante en comparación con el camino en lo alto. Roßwangen, descanso en una

parada de ómnibus. Pasa un chico con un cántaro de leche y me examina con tal seguridad que no me atrevo a sostenerle la mirada.

Después nieve, nieve, lluvia con nieve, nieve con lluvia, maldigo la Creación. ¿Para qué esto? Estoy tan empapado que cruzo los campos embarrados para evitar a las personas, para no tener que mirarlas a la cara. Ante los poblados siento vergüenza. Ante los chicos pongo cara de ser de la zona. En un claro del bosque fuerzo la casa rodante de unos leñadores. Adentro no hay cerveza, sólo desorden, cascos de plástico, antiparras, toneles con líquidos corrosivos que me obligan a dejar abierta la ventana para poder respirar; todo demasiado angosto hasta para dormir.

Tailfingen-Pfeffingen-Burgfelden-Schalksburg-Dürrwangen-Frommern-Roßwangen-Dottershausen-Dormettingen-Dautmergen-Täbingen-Gößlingenz-Irstingen-Thalhausen-Herrenzimmern-Bösingen. De vez en cuando doy vuelta los bolsillos de la campera y los estrujo como si fueran trapos mojados. Casamiento en el restaurante de Irstingen. Lo gris, lo negro y unas nubes tormentosas se ciernen sobre el campo. La nieve yace mojada sobre los prados, se viene la oscuridad, todo está desierto, ningún poblado, ninguna persona, ningún refugio. En la taberna de Herrenzimmern dice algo sobre habitaciones para turistas; la mesa de los habitués está ocupada pero el local abajo está vacío. Detrás de la barra hay un tipo paliducho con granos, más o menos de mi edad. Le pregunto para pasar la noche y primero me examina de arriba abajo. Se cortó al afeitarse por la mañana; tiene tanto acné que por amabilidad sólo le miro las manos. Primero tiene que preguntar, dice, a fin de darle a su juicio negativo un empujón desde atrás de la puerta. Todo ocupado, dice al entrar, aunque está todo vacío. La mesa de los habitués parece estar silenciosamente de acuerdo en no darle una habitación a alguien como yo; quién sabe si tiene dinero, expresa una cara de oveja tonta. Estoy demasiado empapado como para que se me pueda ocurrir alguna cosa.

En Bösingen me aceptan en una casa privada; dos mujeres, una abuela y su hija, enseguida me toman cariño, y eso me hace bien. Recibo té de menta, huevos fritos, un baño caliente. En la televisión, el pronóstico del tiempo dice que mañana va a mejorar con el correr del día. La mujer fabrica en su casa corpiños rosados, tiene toda una pila amontonada en la cocina. Hubiera querido sentarme con ella, mirarla trabajar, pero estoy demasiado cansado.

En el camino había levantado del piso un trozo de papel, es el centro de una hoja de una revista porno que alguien rompió en tiras. Trato de imaginar la foto completa, de dónde vienen ese brazo o esos miembros entremezclados. Llama la atención que las mujeres, aunque desnudas, lleven gran cantidad de *bijouterie* barata. Hay una mujer rubia, el hombre tiene malas uñas, el resto son fragmentos de genitales.

Domingo, 1/12

Un gato casi desdentado maúlla en la ventana, afuera está cubierto y lluvioso. Es el primer domingo de Adviento y en apenas tres días podría llegar al Rin.

Por primera vez hay de nuevo un poco de sol; pensé que eso me haría bien, pero luego mi sombra acechaba a mi lado y como caminaba hacia el oeste también iba delante mío. Al mediodía, la sombra se ovilló alrededor de mis piernas y eso me dio mucho miedo. La nieve había aplastado un auto: quedó chato como un libro. Buena parte de la nieve se derritió durante la noche, por acá hay grandes manchas, más arriba de las colinas la capa de nieve está completa. Campo muy abierto con colinas y algo de bosque en el medio; los campos recuperan cierto color amarronado. Liebres, faisanes. Había un faisán que se comportaba como un desequilibrado mental: bailaba, daba vueltas, lanzaba sonidos extraños, y no era para atraer a una hembra. Estaba como ciego y no me vio. Lo podría haber agarrado a mano limpia, pero al final no lo hice. Desde las praderas en pendiente corren pequeños arroyos que cruzan el camino. En medio del sendero campestre borboteaba una fuente, y más abajo el arroyo es tan ancho como una laguna. Cornejas que se pelean por algo y una que cae al agua. Sobre una pradera mojada yace olvidada una pelota de fútbol de plástico. Los troncos de los árboles humean como seres vivos. Sobre un banco pasando Seedorf hice un alto porque la ingle me está dando problemas, ya de noche la sentí y no sabía cómo poner la pierna. Doce marcos me costó pernoctar, comida incluida. Los árboles talados adquieren a contraluz una superficie plateada, humean. Verderones, águilas ratoneras. Las águilas acompañan el camino ya desde Munich.

Lunes, 2/12

Bösingen-Seedorf-Sulgen-Schramberg-Hohenschramberg-Gedächtnishaus-Hornberg-Gutach. En Schramberg la cosa aún se veía ordenada; ganso asado

en la fonda, jugadores de *skat*. Había uno que cuando perdía se ponía de pie y daba vueltas exaltado entre las mesas. Ascenso hacia el castillo y ahí a lo largo de las sierras hasta el valle de Lauterbach, en vez de ir por abajo; sin previo aviso empiezan las granjas de la Selva Negra, también sin previo aviso empieza un nuevo dialecto. Seguramente tomé muchas decisiones erradas, una tras otra, respecto a la ruta, lo que en retrospectiva se fue sumando hasta llegar al rumbo correcto. Lo malo es que después de reconocer una decisión errada no tengo el temple como para regresar, prefiero corregirla mediante otra decisión errada. De todas formas sigo una línea recta teórica, sólo que no siempre puedo sostenerla, y por eso los desvíos no son realmente grandes… El bosque se abrió hacia un valle, después de la última granja vino una subida empinada con nieve mojada hasta Gedächtnishaus, pasando la altura volví a la ruta. Una mujer mayor, rechoncha y pobre, que está juntando leña, me dirige la palabra, enumera a sus hijos, cuándo nacieron, cuándo murieron. Como siente que quiero seguir viaje, habla el triple de rápido, resume destinos enteros, saltea la muerte de tres chicos, pero después las recupera porque no quiere que queden ignoradas: y todo esto en un dialecto que me hace difícil seguirla. Tras el deceso de toda su generación de hijos sólo dijo sobre sí misma que ella junta leña, todas las mañanas; habría querido quedarme más tiempo con ella.

Durante el descenso sobrepasé, rengueando, a un hombre que rengueaba. La ruta baja empinada hacia Hornberg y siento las rodillas y el tendón de Aquiles. El tendón está bastante hinchado en la punta del talón y parece como si estuviera metido en una funda. En la oscuridad sacudí la puerta de un establo iluminado, había dos señoras mayores ordeñando, además de dos chicas, una de diez años y otra de cinco. La chica más grande se mostró al principio muy perturbada porque, como se supo después, estaba segura de que yo era un ladrón. Después tomó confianza y tuve que contarle sobre la selva, sobre las serpientes y los elefantes. Por medio de preguntas capciosas intentó sondear si era verdad eso que le contaba. La cocina es muy pobre y las condiciones opresivas, pero las dos señoras me cedieron sin pensarlo un rincón donde pasar la noche. Una de ellas se mostró asombrada por lo que había sido de Freddy, que cantaba tan lindo y era amigo de su guitarra. Hay un pequeño gato negro azabache con una manchita blanca en la punta de la cola que trata de atrapar moscas contra una pared. La chica más grande está aprendiendo teoría de conjuntos. Por la noche le presto mi cuchillo, para que pueda defenderse de mí en caso de que al final resulte ser un ladrón.

A lo largo del valle del Prech, ascenso empinado, casi sin autos, está cubierto de niebla y el aire constantemente húmedo. Cada vez más alto. Pegados al piso hay helechos marrones, rotos. Bosque alto y valles profundos, vaporosos. Las nubes y la niebla pasan por encima. En todas partes corre el agua de deshielo, bien arriba ya camino entre nubes, de todas las piedras caen gotas. Al ojo sólo lo atraen las formas vacías, los paquetes, lo descartado. Los pies van bien. Elzach, llamada telefónica, ¿debo regresar?

Primero me comí un pancito junto a una fuente, reflexionando sobre si debía volver. Me observaron una mujer y una chica desde atrás de una cortina, cubriéndose adicionalmente con la jaula del loro. Les devolví la mirada de manera tan franca que se alejaron. No me vuelvo, sigo. Biederbachtal, un lindo valle con un arroyo apenas ascendente, praderas, tocones de sauce, lindas casas estilo Selva Negra; arriba de Oberprechtal hay un bello molino intacto con rueda de agua, como en el libro de lectura de primer grado. Una bicicleta de mujer casi nueva estaba tirada en el arroyo, largo rato estuve pensando en eso. ¿Un crimen? ¿Una pelea previa? Sospecho que ahí sucedió algo rural, lóbrego, dramático. Un banco pintado de rojo y tapado de agua hasta la mitad. Un gato saltó desde arriba hacia el farol que está sobre la puerta de entrada de una casa y ahora no se anima a seguir, el piso le queda demasiado lejos. Oscila ligeramente en el viento junto con el farol. En el diario decía que la tormenta reciente desarrolló en el Feldberg velocidades huracanadas de hasta 160 kilómetros por hora, y en los Alpes de Suabia velocidades máximas arriba de los 130 kilómetros. Ahora está mucho más suave, encapotado de nubes, otoño tardío, mojado, por todos lados agua que gotea, nubes que cuelgan, césped pegado. Vi cerdos bajo manzanos; pasto no había más, sólo una superficie con barro donde las inmensas cerdas alzaban con mucho cuidado un pie del pantano chasqueante y volvían a apoyarlo con toda suavidad, hundiéndose otra vez hasta la panza. Bebo de riachuelos que atraviesan las praderas. En Biederbach doblo a la izquierda, o sea hacia el oeste, más tarde pasaré de alguna manera por sobre las montañas. Trece horas treinta.

Al preguntar por el camino, un campesino alegre me dijo que me subiera con él al tractor, que tenía que ir un trecho hacia arriba. Sigo subiendo por el bosque neblinoso hasta la cima del Hühnersedel. Desde ahí se debería poder ver todo en derredor, pero sólo hay un cúmulo teatral de nubes. Descenso a través del bosque solitario, por todas partes abetos rojos caídos en el camino, las ramas chorrean de mojadas. Más abajo, en la frontera de las nubes,

aparecen de pronto praderas abiertas, un valle; las colinas se van achatando y puedo ver que casi he pasado la Selva Negra. Nubes sombrías desde el oeste, pero me siento deliciosamente, salvo la boca, que vuelve a estar pastosa de sed. Me rodea una soledad de bosque muy sombría, silencio sepulcral, sólo el viento se agita. Abajo al oeste el cielo está naranja-amarillento, oscurecido como antes de una tormenta de granizo, más arriba neblinoso gris-negruzco. De pronto, una gigantesca cantera roja; desde arriba veo un cráter, y en el fondo una excavadora en el agua roja, inútil, oxidándose. A su lado, un camión oxidado. Nadie, ni una persona, silencio opresivo. Pero en el medio de todo arde inquietante un fuego encendido con petróleo. Llamea, un fuego fantasma, viento. Abajo, en lo naranja de la llanura, veo cintas de lluvia y los anuncios del fin del mundo arden y resplandecen en el cielo. Un tren corre por el campo y atraviesa las montañas. Las ruedas centellean. Un vagón se prende fuego. El tren se detiene, intentan sofocar las llamas, pero ya no es posible apagar el vagón. Se deciden por seguir viaje, irse a toda velocidad. El tren arranca, sale directamente hacia el oscuro universo. En el negro absoluto del espacio sideral arden las ruedas y resplandece el vagón. Ocurren inconcebibles colapsos de estrellas, planetas enteros se derrumban sobre un único punto. La luz ya no puede escapar, hasta la oscuridad más profunda actuaría acá como una luz, y el silencio como un rugido. El universo ya no contiene nada, es el vacío más absoluto y oscuro. Los sistemas de vías lácteas se han densificado en no-estrellas. Se expande una dicha y de la dicha germina ahora una quimera. Ésa es la situación. Una densa nube de moscas y tábanos me zumba sobre la cabeza, tengo que sacudir los brazos y sin embargo me siguen por todas partes, sedientos de sangre. ¿Cómo voy a hacer las compras? Me van a echar a patadas del supermercado junto con la nube de insectos alrededor de mi cráneo. Un rayo destella en el cielo negro anaranjado bien debajo de mí y le pega justamente al molinero Frenzel. Aquél cuyo único amigo era Tormenta Sepp. El molinero Frenzel se pasó años encerrado en un cobertizo del altillo de la granja porque la esposa de Frenzel tenía una relación con Tormenta Sepp abajo en la casa. Lo taponaron con tablas y él no se resistió, porque le alcanzaban sopa para comer.

¿Es buena la soledad? Sí, lo es. Sólo que aporta miradas dramáticas de lo venidero. Mientras tanto, la asquerosa proliferación vuelve a juntarse en el mar.

Martes, 3/12

Dificultades para pasar la noche. Cuando intentaba forzar una casa en la oscuridad se me cayó la brújula del cinturón sin que me diera cuenta; le tenía cariño desde el Sahara, es una pérdida dolorosa. En la cima, hacia el anochecer, me crucé con un grupo de hombres en el límite del bosque que esperaban extrañamente rígidos, de espaldas a mí. En el bosque se oían motosierras, aunque ya había terminado la jornada laboral. Al acercarme, vi que eran convictos enviados a hacer trabajos forestales; esperaban su transporte. Con ellos había un guardia, todo de verde. Más tarde me sobrepasaron varias combis Volkswagen enrejadas.

Estoy sentado a orillas del Rin. Ferry junto a Kappel, agua calma, clima calmo, casi sin gente. Está brumoso, no veo los Vosgos. Pasé la noche en Münchweier, en un granero en medio del pueblo, sólo arriba de todo había aún un poco de paja, pero que seguramente estaba almacenada ahí desde hacía una década. Estaba polvorienta, casi imposible de sacudir, un lecho horrible. En la casa de adelante no había nadie, pero más tarde llegó alguien, abrió y buscó leña. Escuchando atentamente supe con seguridad que quien buscaba leña era viejo y que era un hombre, un hombre arriba de los setenta, y lo que buscaba era leña.

Hay muchos cuervos volando hacia el sur. El ganado patalea sobre el transporte, está inquieto. Tengo la impresión de que el Rin se parece al Nana y, aunque nada recuerde al Nanay. Me hubiera gustado que el ferry esperara más tiempo antes de llegar desde la otra orilla del río, un cruce como éste es algo que el hombre tiene que asimilar. Conmigo hay apenas tres, cuatro autos; el agua está marrón claro, no hay ningún otro barco a la vista. Los pueblos de por acá duermen, pero no están muertos. Llamé a M., preocupación. Pienso mucho en Deleau, Dembo, Wintrebert y Claude. Me pasaron el nuevo número de nuestra Eisner. Me fallan: brújula, pilas para la linterna, pomada, más allá de eso la cosa va. Mucho calor; gorriones y chicos en Boofzheim. Digo sed.

Compré leche en un negocio, ya el segundo litro hoy. Los chicos se cuelan acá en los autoservicios y agarran revistas de historietas que se precipitan a leer sobre el piso en un rincón, donde no alcanza a verlos el espejo convexo de la cajera. Me emborracho de leche. Gallos que cantan, puertas que golpean, sol, hago un alto sobre el banco frente a la iglesia.

Campo plano, sólo cornejas que chillan a mi alrededor; de pronto me pregunto seriamente si perdí el juicio, porque escucho muchas cornejas pero

veo muy pocas. Alrededor hay un silencio sepulcral hasta donde alcanzo a oír, y el chillido de las cornejas. Las cumbres de los Vosgos se recortan bien brumosas. En la llanura, dos parques de diversiones, ruedas gigantes, tren fantasma, castillo medieval, todo desierto y clausurado. De manera definitiva, al parecer. En el segundo había además un jardín zoológico, un estanque con gansos y, en la parte trasera, un corral con corzos. Alguien transporta paja con un tractor. Los monumentos de guerra son mi lugar de descanso. Las campesinas hablan mucho entre sí. Los campesinos están muertos de cansancio. Todo el tiempo veo ómnibus sin usar. Bueno, me digo, sigamos.

En Bonfeld me rodearon unos chicos de un jardín de infantes que me tomaron por francés. Pasar la noche va a ser difícil. En el último tramo hacia Barr, un par de kilómetros, me llevó una mujer en su auto. No me vino mal porque así pude comprar una brújula antes de que cerraran los negocios. Su aguja flota en líquido, pero todavía no se ganó mi amistad. En un frío bosque de estacas unos trabajadores han recortado ramas y hecho fuego, a muchas ramas las ataron también en fardos. Los cuervos siguen gritándome sobre la cabeza, acá en la ciudad. Por primera vez, más allá del cansancio, no tengo ninguna molestia en las piernas, de vez en cuando quizá la rodilla izquierda. El tendón de Aquiles derecho ya no se ve tan crítico desde que tapicé la parte trasera de la bota, ahí donde se pliega, con toda la gomaespuma que tengo, además de atarme el empeine con mucho cuidado. Hoy tengo que lavar la camisa y la camiseta, ambas huelen tan intensamente a mí que me cierro la campera cuando estoy entre gente. El volumen de líquido es muy alto: hoy, dos litros de leche y medio kilo de mandarinas; poco después tenía ya tanta sed que la saliva se me volvía pegajosa, densa y blanca como la nieve. Cuando me acerco a la gente me limpio las comisuras de los labios porque siento que tienen espuma. Escupí en el río 111 y la escupida se fue flotando como un sólido copo de algodón. La sed es por momentos tan grande que sólo pienso en términos de sed: la granja detrás de esa curva debería tener una fuente, por qué está cerrado este negocio hoy, martes, cuando tanto necesito una cerveza o una Coca. Hoy a la tarde voy a lavar también la camiseta, que es la que usó Nuber de los Kickers Offenbach en su partido despedida. Quizá camine a lo largo del río Aube, en algún lugar escuché que el Aube es bueno. El ingenio que tiene la gente acá proviene de un milenio de sedentarismo. Tengo la sensación de que es mejor que Alsasia pertenezca a Francia.

Un montículo de desperdicios en la llanura no se me quiere ir de la cabeza. Lo vi de lejos y caminé cada vez más rápido, al final como atacado por un miedo

mortal de que me sobrepasara un auto antes de alcanzarlo. Jadeando por la corrida, llegué a la montaña de basura y necesité largo rato para recuperarme, aunque el primer auto recién me pasó minutos después de mi llegada. Al lado había una zanja con agua sucia y fría y adentro un coche chocado con las puertas, el capó y el baúl completamente abiertos. El agua le llegaba hasta las ventanillas y le habían sacado el motor. Veo muchos ratones. Ya no tenemos idea de la cantidad de ratones que hay en el mundo, es inconcebible. Los ratones crujen muy silenciosamente en el césped aplastado. Sólo el que camina ve los ratones. Sobre los campos nevados abrieron pasillos entre la nieve y el pasto, y ahora que la nieve se fue quedan las huellas serpenteantes. Con los ratones es posible trabar amistad.

En una aldea antes de Stotzheim estaba sentado en la escalinata de la iglesia, con los pies muy cansados y una preocupación revolviéndome el pecho, cuando se abrió una ventana en la escuela de al lado -un chico la abrió desde adentro siguiendo una orden— y a partir de ese momento escuché a una maestra joven gritarles de tal manera a los chicos que no quise que se dieran cuenta de que sentado bajo la ventana había un testigo de ese griterío espantoso. Me fui, aunque casi no podía poner un pie delante del otro. Avanzaba hacia un fuego, el fuego estaba siempre ahí adelante, como una pared en llamas. Era un fuego de frío, uno que trae frío, no calor, uno que convierte el agua inmediatamente en hielo. Pensar flamígeramente en hielo hace que el hielo se forme con la rapidez del pensamiento. Siberia se creó de esa manera, las auroras boreales constituyen sus últimos fogonazos. Ésa es la explicación. Ciertas señales de radio lo confirman, sobre todo los intervalos. Lo mismo indica la señal de cierre de las transmisiones televisivas, con el crujido y los puntos que bailotean. La consigna ahora es: ¡todos los ceniceros a sus sitios y a mantener la compostura! Los hombres hablan de la caza. La moza seca cubiertos. Sobre el plato está pintada una iglesia, desde la izquierda asciende un camino por el que se mueve con toda calma una mujer en traje tradicional y a su lado una muchacha que me da la espalda. Me pierdo con ellas dentro de la iglesia. En un rincón, un chico hace la tarea, y con frecuencia la cerveza se llama Mutzig. El dueño del restaurante se cortó el pulgar hace días.

Miércoles, 4/12

Una mañana impecablemente clara y fresca. La llanura es pura bruma, pero se escucha vida desde allá. Las montañas llenas y claras frente a mí, algo de niebla alta y entremedio una fría luna diurna, visible a medias, frente al sol. Camino recto atravesando el espacio entre el sol y la luna, si será conmovedor. Viñedos, gorriones, todo tan fresco. La noche fue bastante mala, desde las tres que no pude seguir durmiendo, a cambio de eso las botas no me apretaban a la mañana y las piernas estaban en orden. El humo frío de una fábrica sube calmo y recto. ¿Oigo cuervos? Sí, y perros también.

Mittelbergheim, Andlau. Alrededor, la paz más absoluta, bruma, trabajo; en Andlau hay un pequeño mercado semanal. Una fuente de piedra, como no he visto otra en mi vida, es mi lugar de descanso. Los viñedos sostienen todo acá y eso constituye la fuerza de resistencia de estas poblaciones. En la iglesia de Andlau, un sacerdote canta la misa con un coro de chicos agrupado a su alrededor, pero al servicio religioso sólo asisten algunas mujeres mayores. Afuera, a lo largo de un friso, las esculturas románicas más grotescas. Casas de vacaciones en las afueras del lugar, tapiadas y cerradas por el invierno. Pero aun así forzarlas sería bastante simple. Hay una serie de estanques para peces que está exhausta, al límite de sus fuerzas. El pasto cubre por completo los estanques, también la maleza. Asciendo a lo largo de un arroyo.

Una mañana perfecta; en perfecta armonía conmigo mismo avanzo rápidamente montaña arriba. Pensar mucho en que salto con esquíes me hace liviano, como si estuviera suspendido. Por todas partes miel y colmenas, el valle está repleto de casas de vacaciones totalmente cerradas. Elegí la más hermosa y pensé en forzarla en ese mismo instante y pasar ahí todo el día, pero estaba tan lindo para caminar que seguí caminando. Por primera vez no me di cuenta para nada de que estaba caminando, hasta el bosque de la cima anduve metido en profundos pensamientos. Claridad y frescura absolutas en el aire, más arriba hay un poco de nieve. Las mandarinas me ponen eufórico.

Cruce de caminos. Desde acá, mala señalización. Espacios completamente talados, y el fuego azul de los leñadores humea por todas partes. Sigue estando fresco, con escarcha en el pasto como a la mañana. Casi sin autos hasta ahora, y sólo la mitad de las casas está habitada. Un perro lobo muy negro me miró bien fijo con sus ojos amarillos. Escuché el crujido de la hojarasca que llegaba volando a mis espaldas y supe que era el perro, aunque estaba encadenado. El día entero la más absoluta soledad. Un viento claro hace murmurar a los árboles en lo alto, la mirada llega muy lejos. Ésta es una

época del año que ya no tiene que ver con nada terrenal. Grandes pterosaurios dejan detrás de sí, sin hacer ruido, sus estelas sobre mi cabeza, vuelan en dirección al oeste, hacia París, y mis pensamientos vuelan con ellos. Hay tantos perros, desde el auto uno no los nota, tampoco los olores del fuego, los árboles que suspiran. El tronco descortezado suda agua, otra vez mi sombra se agazapa largo rato delante mío. Bruno huye, por la noche se mete a la fuerza en una estación de telesilla abandonada, debe haber sido noviembre. Pone en marcha la palanca principal para la telesilla. La telesilla anda inútilmente la noche entera y todo el trayecto está iluminado. A la mañana, la policía detiene a Bruno. Así debería terminar la historia.

Cada vez más alto, pronto llego a la frontera de la nieve, empieza a unos ochocientos metros de altura, más arriba está la frontera de las nubes. Empiezan las lloviznas, se pone oscuro y el camino se acaba. Pregunto en una granja, el campesino me dice que sí, que tengo que atravesar la nieve y un bosque de hayas arriba y luego seguro que me choco con la ruta a *Le Champ du Feu*. La nieve está descongelada a medias, casi no hay huellas de pisadas, finalmente se acaban del todo. El bosque está neblinoso y mojado, me doy cuenta de que pasando el punto más alto estará desagradable. La granja se llamaba Kálberhütte, reina un silencio absoluto en la niebla de nubes. Imposible determinar la ubicación, sólo se puede determinar el rumbo. Al no llegar a la ruta, aun cuando es evidente que alcancé el punto más alto, me detengo desconcertado en el denso bosque de abetos rojos; a mi alrededor cayó una densa niebla. Trato de discernir dónde me equivoqué. No hay otra solución posible que seguir hacia el oeste. Al guardar el mapa noto que en el bosque hay desperdicios, una lata vacía de aceite para motor y otras cosas que se tiran sólo desde autos en movimiento. Entonces descubro que la ruta corre a treinta metros de donde estoy, sólo que en la niebla apenas logro ver a veinte metros, y de manera clara apenas un par de pasos. Rumbo al norte, por la ruta, en medio de la niebla más densa, llego a una extraña rotonda que en su centro tiene un mirador tipo faro. Viento huracanado, fuerte niebla húmeda, saco mi pasamontañas y hablo en voz alta, porque nada de eso resulta creíble después de semejante mañana. De vez en cuando veo tres líneas demarcatorias blancas sobre la ruta, nunca más allá de eso, y a veces sólo la más cercana. Gran dilema: ¿seguir hacia el sur o hacia el norte? Más tarde se demuestra que ambas opciones hubieran sido correctas, porque había estado caminando entre las dos rutas pequeñas que van hacia el oeste. Una va a Fouday atravesando Bellefosse, la otra baja por Belmont. Pendientes empinadas y viento cortante; telesillas vacías. Casi no puedo verme la mano

delante de la cara, no lo digo en sentido figurado, realmente no puedo casi verla. ¿Cómo podéis decir cosas buenas, siendo malos? Yo he venido a traer fuego sobre la Tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo! ¡Y qué angustia siento de que no haya sal en vosotros mismos! Mientras tanto se ha puesto tormentoso, los jirones de niebla son más densos aun y pasan a toda velocidad sobre la ruta. En un parador panorámico para turistas hay tres personas sentadas entre nubes y nubes, protegidas por vidrio por todos los costados. Como no veo a nadie que atienda, me cruza por la cabeza la idea de que son cadáveres sentados ahí inmóviles desde hace semanas. Por esta época, esto es seguro, nadie atiende el parador. ¿Hace cuánto que estarán ahí petrificados? Belmont, una nada de provincias. La ruta estaba a mil cien metros, ahora baja serpenteando junto a un arroyo. De nuevo leñadores, de nuevo fuego humeante, luego, a setecientos metros de altura, las nubes se acaban de golpe, pero debajo cae una llovizna triste. Todo gris, desierto de gente, avanzo a lo largo de un bosque mojado. En Waldersbach ninguna posibilidad de forzar nada, acelero para encontrar algo en Fouday antes de que oscurezca. Como ahí casi tampoco aparecen posibilidades, me decido a forzar una gran fonda cerrada por los cuatro costados en el medio del pueblo, entre casas habitadas. Luego vino una mujer y me miró sin decir una palabra, así que desistí.

Saliendo del lugar, quiero comer en un parador de camioneros; una pareja de jóvenes entra en el local y sobre la dupla pende una extraña y sorda acechanza, como en un *western*. En la mesa de al lado hay un hombre dormido junto a su vino tinto. ¿O se hace el dormido y acecha él también? El pequeño bolso que suelo llevar sobre el hombro izquierdo y que se apoya contra la cadera al caminar ya me hizo un agujero del tamaño de un puño en el pulóver, por debajo de la campera. Durante el día casi no comí, sólo mandarinas, algo de chocolate; agua bebo de los arroyos agachándome como los animales. La comida ya debería estar lista; hay liebre y sopa. Un alcalde fue decapitado por un helicóptero en el aeródromo cuando se quería bajar. Un camionero en pantuflas aplastadas en la parte de atrás saca ahora con mirada acechante un Gauloises completamente torcido y se lo fuma sin enderezarlo. Por estar tan solo, la moza regordeta me obsequia unas palabras interrogativas por sobre el silencio acechante de los hombres. En un rincón de la sala, el filodendro, buscando con una raíz aérea, encontró asidero en la caja del parlante de la radio. Hay también una pequeña estatua de porcelana de un indio con la mano derecha estirada apuntándole al sol mientras que la izquierda, doblada, sirve de apoyo al brazo que señala a lo alto. En

Estrasburgo dan películas de Helvio Soto y Sanjinés con dos, tres años de atraso, pero algo es algo. Uno de la mesa junto a la barra se llama Kaspar. ¡Al fin una palabra, un nombre!

Debajo de Fouday busqué un lugar para pasar la noche, ya había oscurecido y estaba húmedo y frío. Mis pies tampoco daban más. Forcé una casa vacía, más con violencia que con astucia, aun cuando bien cerca hay una casa habitada. En ésta parecen estar haciendo reformas unos trabajadores. Afuera hace estragos la tormenta y yo acá quemado, cansado y vacío de sentido en la cocina, como un paria, pues sólo acá hay un postigo de madera y puedo encender algo de luz sin que el brillo trascienda enseguida hacia el exterior. Voy a dormir en la habitación de los chicos, porque desde ahí es más fácil huir en caso de que alguien viva acá y vuelva. Lo que es seguro es que mañana temprano van a venir obreros, en algunos cuartos están arreglando los pisos y las paredes y dejaron sus zapatos, herramientas y camperas. Me emborracho con un vino que compré en el parador de camioneros. De tan solo que estaba la voz no me salía bien sino que era apenas un piar, no encontré el tono justo para hablar y me avergoncé. Entonces me fui a las apuradas. Oh, qué de aullidos y silbidos alrededor de la casa, los árboles braman. Mañana tengo que salir bien temprano, antes de que lleguen los hombres. A fin de despertarme a tiempo con la luz, tengo que dejar abierto por fuera el postigo de madera, lo cual es riesgoso porque se ve la ventana rota. Sacudí las esquirlas de vidrio de la colcha; al lado hay una cuna, también juguetes y una pelela. Todo esto es indescriptiblemente absurdo. Que me encuentren durmiendo, acá en la cama, esos albañiles imbéciles. Cómo revuelve el viento al bosque allá afuera.

A las tres de la mañana me levanté y salí a la pequeña galería. Afuera había tormenta y nubes bajas, una escenografía enigmática y artificial. Tras una elevación del terreno relucía muy extraño y pálido el brillo de Fouday. Sensación de sinsentido total. ¿Vive aún nuestra Eisner?

Jueves, 5/12

Partida bien temprano a la mañana. El tic-tac del despertador que había encontrado en la casa sonaba tan traicioneramente fuerte cuando la dejé que volví a meterme, lo agarré y lo tiré un trecho más adelante entre la maleza. Ni bien pasé Fouday se largó un aguacero espantoso, lluvia mezclada con granizo, las nubes negras no vaticinaban nada bueno. Busqué refugio debajo

de un árbol en la oscuridad previa al amanecer. Debajo, la ruta; más allá del arroyo, las vías del tren. Qué cosa más desoladora. Recién un poco más adelante se largó en serio. Me acuclillé en la ruta bajo los abetos, envolviéndome en la capa de lluvia, pero eso ya no es de mucha ayuda. Los camiones pasan bramando sin verme a mí, el animal, bajo las ramas. Por la colina sube una colorida huella de nafta. Aguacero muy intenso. Me coloco como si fuera un elemento del bosque. Pero después un campesino en ciclomotor me terminó distinguiendo. Se detuvo brevemente, me miró extrañado y dijo *monsieur*, nada más. Mirar cómo se tambalean los abetos sacudidos en cámara lenta por la tormenta con movimientos de rotación y de molienda me da mareos, un vistazo alcanza para dejarme al borde del desmayo en medio de la ruta. Aparece una orquesta, pero no toca, sino que está enfrascada en una discusión infernal con el público sobre la decadencia de la música. Hay una mesa larga y un músico sentado bien adelante. Está completamente ensimismado y se pasa los dedos por el pelo de manera tan extraña y patética que me hace reír hasta que me duele el cuerpo. Frente a mí, un arco iris que me confiere de pronto el más absoluto optimismo. ¡Qué signo ante y sobre aquel que camina! Todos deberían caminar.

En Le Petit Raon, plaquetas conmemorativas por los deportados de la Gestapo; ciento noventa y seis personas, eso tiene que haber sido por lo menos la mitad del pueblo. Estudié largamente las plaquetas sin percibir que una mujer joven me estudiaba a mí muy de cerca desde una escalera. Si la municipalidad hubiera estado abierta, habría entrado y preguntado qué pasó ahí.

En Senones hay una iglesia increíble. Voces en el bar de enfrente; entre y pedí café y un sándwich, a mi alrededor haraganeaban los jóvenes holgazanes del pueblo. Uno de ellos juega tan mal al billar que hace trampa, por más que juega contra sí mismo. Un argelino tímido estaba sentado a la misma mesa que yo y no se animaba a pedir porque no entendía el menú. Delante del café está parado un Citroen flamante con un gran fardo de heno atado al techo.

En Raon l’Etape pensé largo rato si tiene sentido seguir caminando, faltaban seguramente otros veinte kilómetros hasta el próximo pueblo de cierto tamaño, los lugares acá están bastante separados. Un pequeño hotel con lindo aspecto externo decidió la cuestión: tengo que volver a bañarme como es debido. Llamé a Múnich desde la oficina de correo, las noticias fueron esta vez un poco mejores. Durante el resto del trayecto hasta acá pasaba un

camión grande detrás del otro, lo cual me angustió mucho. La entrada al lugar fue poco acogedora, con vías de ferrocarril y una fábrica de papel, pero llegando al centro la opresión disminuyó. Cuatro adolescentes en el bar juegan al metegol con una brutalidad que no he visto nunca. Las voces son fuertes acá, pero de una forma que resulta agradable. Martje dice que hay tormenta, cayó granizo y hoy quería hacer manzanas asadas. Los talones de mis zapatos están claramente gastados, aunque las suelas siguen firmes; el agujero en el pulóver por efecto del bolso se fue agrandando. Hoy estuve, sobre todo camino a Senones, muy desesperado. Largos diálogos internos y con personas imaginadas. Aún hay nubes bajas y pesadas sobre las colinas. Las colinas se hacen más bajas, ¿qué otra opción les queda? Tengo que tener cuidado con el tendón de Aquiles derecho, sigue estando el doble de ancho por la inflamación, pero ya no se siente tan alarmantemente irritado. Un joven con una amplia correa de paracaidista a modo de cinturón, lo cual debería darle un aspecto especialmente recio, se pone con excesiva serenidad un fósforo entre los dientes y se sienta junto a tres adolescentes espantadas. Una tiene las uñas pintadas de un celeste intenso. Hay acá una mujer que sólo tiene dientes de oro. Antes de mí alguien ha fumado en esta mesa, a juzgar por el cenicero. Me preparo algunas frases en francés. Mañana, si no llueve, voy a caminar quizá unos buenos sesenta kilómetros.

Viernes, 6/12

En el restaurante las sillas estaban todavía sobre las mesas, pero igual recibí mi desayuno sin caras largas. La moza desayunó a mi lado en el local vacío (salvo adelante, donde aún había dos empleadas de limpieza), ambos mirando en la misma dirección, la de la calle. Yo quería mirar hacia su lado, pero ninguno de los dos se animó a dirigir la vista hacia el otro: no nos estaba permitido por una razón secreta y apremiantemente poderosa. Ella se hallaba bajo la misma presión apremiante, de eso estoy seguro. Ella miraba fijo hacia el frente, la presión nos presionaba a los dos. Yo hacía cola en una especie de kiosco afuera en la esquina, puedo ver el kiosco frente a mí. Hacía cola para comprar película para un film entero; era sábado, poco antes del horario de cierre de los comercios a las cinco de la tarde, y yo quería filmar toda la película el domingo. En el kiosco había todo lo imaginable, incluido regaliz. De pronto, el tipo de adentro, un gordo con pulóver de cuello alto, baja la persiana exactamente a las cinco y cero segundos y me cierra en la cara, cuando yo había hecho la fila y él tenía que haber visto que estaba ahí hacía

media hora. Y yo necesito todas las latas Kodak almacenadas en su kiosco. Así que me iba directo a la puerta lateral del kiosco, tan diminuta que apenas si cabía alguien erguido. No quiero un trozo de regaliz, le decía, lo que quiero son todas las cintas que tiene adentro. Ahí el tipo salía, se apoyaba contra el muro de la casa contigua y decía que ahora eran las cinco y estaba cerrado. Acompañaba cada palabra haciendo un gesto tan inaudito, tan exageradamente irreal sobre su cabeza que de pronto entendí que me alcanzaba con comprar los rollos el lunes. Bueno, le decía, escandiendo yo mismo gestos de lo más horribles, entonces vengo el lunes. Hacíamos aún algunos ademanes horripilantes, siguiendo algo que cada uno pensaba en su mente, y cada uno se iba por su lado.

Rambervilliers. La palabra *mijo*, que siempre me ha gustado tanto, ahora al caminar no se me va de la cabeza, lo mismo con la palabra *robusto*. Encontrar una relación entre ambas palabras se me volvió una tortura. Sólo funciona *caminar robustamente a grandes pasos; cosechar mijo con la hoz* también sirve. Pero *mijo* y *robusto* juntos no van. Un fuerte bosque se hace el sumiso. En un paso de altura se encuentran dos camiones, las cabinas de los conductores están tan cerca una de la otra que un conductor puede pasar a la cabina de al lado sin tocar el suelo. Almuerzan juntos, sin cruzar palabra. Lo hacen hace ya doce años, siempre en el mismo trayecto, siempre en el mismo lugar, las palabras se han acabado, pero la comida se puede comprar. Acá lentamente el bosque se va terminando, también las colinas drásticas. Por muchos, muchos kilómetros el terreno boscoso de alrededor se encuentra deshabitado y flojo; se usó para batallas en la primera y la segunda guerras mundial es. El paisaje se hace más abierto y extenso. Una lluvia indecisa cae gota a gota, siempre al borde de que importe. Mi producción de humedad es enorme, porque avanzo robustamente y pienso en mijo. Todo es gris sobre gris. Aparecen vacas y se asombran. En el peor momento de la tormenta de nieve sobre los Alpes de Suabia, unas ovejas congeladas y desconcertadas dentro de un cercado provisorio me miraron y se vinieron apiñadas hacia mí, como si yo les trajera una solución, la solución. Nunca vi tanta confianza como la que me expresaban las caras de esas ovejas en la nieve.

Lluvia, lluvia, lluvia, lluvia, lluvia, sólo hay lluvia, casi no me acuerdo de otra cosa. Se convirtió en una llovizna constante y uniforme y la ruta se hace infinita. Sobre los campos no hay nadie, el camino se extiende infinitamente a través del bosque. La gente se deshizo desde sus autos de todo lo superfluo durante el largo trayecto de bosque; hay tirado un zapato de mujer, una valija,

pequeña pero probablemente llena, no la revisé, un horno entero. En un pueblo, tres chicos seguían a respetuosa distancia a un joven que llevaba un pez ornamental dentro de una bolsa de plástico con agua. También acá las vacas se ponen a galopar delante mío.

Nomexy, Nivecourt, Charmes. Los últimos kilómetros me levantó un hombre en auto, pero después de un tramo muy corto me pasé a una camioneta desvencijada que en la parte de atrás llevaba botellas de vidrio vacías que rodaban libremente. Rechacé el cigarrillo que me ofrecieron; mi cuerpo mojado se fue calentando muy despacio y echaba vapor en tal cantidad que al instante se empañaron los vidrios del auto y el hombre tuvo que detenerse para buscar un trapo con que limpiarlos porque ya no se veía nada. En la salida a Charmes había, detrás de un alambrado, una exposición de *motorhomes* y casas rodantes, completamente abandonados y vacíos por ser invierno. Sólo una tenía mobiliario y una cama, era la joya de la exhibición, una cosa enorme bien cerca de la calle, donde los camiones debían parar a cada momento frente a un semáforo. Estaba colocada sobre una plataforma de madera, además. Todas las otras más atrás estaban peladas y vacías por dentro, mientras que en la joya había incluso una heladera y una cama con colcha, a la que estaban cosidos frunces de seda y encajes. En un breve momento en que justo no había autos parados ante el semáforo, forcé la joya de un solo tirón. Al ir a la cama, el vehículo se volcó como un subibaja de plaza y quedó ligeramente inclinado, con la punta delantera en el aire. Estaba sostenido sólo adelante y en el medio, no en la parte trasera, donde estaba la cama. Me asusté y un camionero lo vio también desde el semáforo. Avanzó con mayor lentitud, mirando hacia mí y puso cara de no entender absolutamente nada, pero siguió viaje.

Antes de dormir entré en el pueblo con mis suelas ardientes. Había un desfile con una orquesta de vientos, petardos y nenas chiquitas marchando. Adultos, chicos y detrás un carro tirado por un tractor. Sobre el carro, que estaba rodeado por miembros de los bomberos voluntarios que portaban antorchas, había un Papá Noel que les arrojaba bombones desde una caja de cartón a los chicos. Los chicos se tiraban sobre ellos con tal fervor que dos muchachos, al zambullirse tras unos dulces que habían caído demasiado lejos, chocaron con mucha fuerza contra una puerta cerrada. El Papá Noel tenía un aspecto tan estrafalario que casi me da un ataque. De tanta barba de algodón, la cara casi no se le ve, y el resto está tapado por unos anteojos de sol. Alrededor de mil personas se juntaron frente a la municipalidad y Papá Noel los saludó desde el

balcón. Poco antes, el tractor había chocado por descuido contra la pared de una casa. Los chicos arrojan petardos entre las piernas de las chicas uniformadas, que saltan saliéndose de la fila. Después se fueron todas juntas a hacer pis en el baño de un bar cercano. Cuando apareció el Papá Noel arriba del balcón con sus anteojos negros, me sacudieron espasmos por reírme para adentro. Algunas personas me miraron raro y me retiré al bar. Comiendo un sándwich me tragué por error la punta de la bufanda, eso me hizo sacudirme por dentro de tal forma que la mesa se tambaleó, aunque hacia afuera mi cara no mostró ninguna risotada, debo haber tenido un aspecto completamente deforme. El mozo lo notó y huí hacia la casa rodante en el límite de la ciudad, la joya. A causa de la larga marcha de hoy, el pie derecho no se ve bien. El tendón de Aquiles está bastante irritado y el doble de inflamado todavía, a lo que se suma una hinchazón en el tobillo, probablemente porque anduve todo el día por el lado izquierdo de la ruta de asfalto, con el pie izquierdo apoyándose sobre la parte plana mientras que el derecho, debido a la ligera inclinación que tiene la ruta para que pueda drenar el agua de lluvia, no apoyaba del todo recto y por eso con cada paso se doblaba un poco. Mañana tengo que sí o sí cambiar de lado cada tanto. Mientras avancé a campo traviesa, no noté nada. Las suelas arden por efecto del núcleo incandescente en el interior de la Tierra. El aislamiento es hoy más profundo que lo normal. Desarrollo una relación dialógica conmigo mismo. La lluvia puede dejarte ciego.

Sábado, 7/12

Enseguida volví a ponerme la colcha sobre la cabeza en mi cama de exhibición después de ver lo fuerte que llovía afuera. ¡No de nuevo, por favor! ¿Será posible que el sol pierda todas las batallas, una detrás de la otra? Recién hacia las ocho de la mañana me puse en marcha, completamente desmoralizado ya a esa hora tan temprana. Una lluvia y una humedad despiadadas, sobre el campo pende la más honda desolación. Colinas, praderas, lodo, tristeza de diciembre.

Mirecourt, de ahí seguí rumbo a Neufchâteau. Había mucho tránsito y recién después empezó a llover en serio, la lluvia total, una lluvia constante de invierno que me desmoralizó más aun por ser tan fría, tan poco amable y por meterse en todos lados. Tras unos kilómetros me levantó alguien, fue él quien me preguntó si quería subirme. Sí, dije, quiero. Por primera vez en mucho

tiempo volví a masticar un chicle, que me convidó el hombre. Eso me devolvió un poco la confianza en mí mismo. Viajé con él más de cuarenta kilómetros, luego se levantó en mí un terco orgullo y volví a caminar bajo el aguacero. Campo cubierto de lluvia. Grand es sólo un humilde pueblo, pero con un anfiteatro romano. En Chatenois, que en tiempos de Carlomagno era el lugar principal de toda la zona, hay una fábrica de muebles bastante grande. La población está muy exaltada porque el dueño abandonó precipitadamente la fábrica de la noche a la mañana, dejando todo acéfalo y sin instrucciones. Nadie sabe adonde escapó, mucho menos por qué. Los libros están en orden, las finanzas correctas, pero el dueño de la fábrica se fue sin decir palabra.

Caminé, caminé, caminé, caminé. Un lindo castillo con fuertes muros cubiertos de hiedra, a lo lejos. Hasta las vacas se quedaban pasmadas por el castillo, no por mí. En el calor, los amplios árboles daban sombra y el agua que goteaba por todas partes servía contra el sol. Abajo, en el mar, había grandes barcos muertos, inmóviles. En el castillo sólo había animales blancos, liebres blancas, palomas blancas y hasta los peces dorados en los estanques cristalinos son blancos. Y lo más increíble: los pavos reales son blancos, albinos como la nieve, con los ojos de un rojo claro. Un pavo despliega su cola blanca y otros pavos chillan posados en los árboles, pero sólo muy aisladamente lanzan sus estridentes chirridos a través del chirrido de la lluvia. Quiero ir un poco más al norte hacia Domrémy, a la casa donde nació Juana de Arco, eso me gustaría verlo. Bosque húmedo a lo largo de arroyos. No vi carbón. Oigo fuertes peleas en todos los cafés.

Ruta de lo más desolada rumbo a Domrémy, ya no camino en serio sino que me dejo ir a la deriva. Transformo un caer hacia adelante en un caminar. Primero lluvia fuerte, más tarde sólo garúa. Lento y desolado fluye el Mosa a mi lado. Las viejas vías abajo junto al río ya no se usan, las nuevas corren más arriba, a la derecha, del otro lado de la ruta. Al llegar a una casita de guardabarrera en desuso ya no pude seguir. No tiene techo, ni ventanas, ni puerta. Arriba en la ruta pasan los autos bajo la lluvia, más arriba todavía, un tren de carga. El suelo del primer piso ataja un poco la lluvia. De las paredes cuelgan retazos de papel tapiz con un estampado de ladrillos, hay un hogar en el que se marchitan y pudren unas ortigas, sobre el piso algo de escombros. Restos de una cama doble, resortes, pero en un rincón tengo lugar para sentarme. Los pájaros anidan alrededor en los arbustos espinosos y mojados por la lluvia. Las vías se oxidan. El viento atraviesa la casa. La humedad de la lluvia flota en el aire como un objeto. Hay esquirlas de vidrio, hay una rata

aplastada, hay bayas rojas en una mata deshojada y húmeda delante de la puerta. Para los mirlos es de nuevo la época previa a la llegada de los primeros hombres a este campo. No hay nadie en las praderas, absolutamente nadie. Mi capa de plástico liviano contra la lluvia cruje en la abertura de la ventana, para que no llueva tanto hacia adentro. Del río no llega ningún sonido, corre calmo y callado. Los pastizales crecidos se agitan marchitos en el viento mojado. Una escalera enmohecida lleva hacia el primer piso, pero se rompería si la pisara. Hay camiones de reparto afuera en la lluvia. Delante de la casa, donde había un cantero, ahora hay arbustos y pasto silvestre; donde había un cerco, ahora se oxida el alambre. El umbral, mojado y cubierto de algas amarillentas, está a un paso de distancia de la puerta. Quiero seguir, espero no encontrar gente. Cuando respiro, el aliento sale por la puerta, se va rápido hacia el exterior.

Sobre la ruta había máquinas agrícolas en venta, pero ya no más campesinos. Una bandada de grajillas volaba hacia el sur, mucho más alto de lo que vuelan las grajillas en general. Bien cerca, en una basílica de tipo campestre, está enterrado un rey merovingio desconocido. Desde el bosque, gris de vejez, salió una voz.

En Coussey crucé el Mosa, seguí por la ruta angosta sobre la izquierda y luego subí a la basílica. Me emocionó mucho. Un valle tan solemne, una vista como en el fondo de los cuadros de los pintores flamencos más solemnes. A ambos lados hay colinas, el Mosa serpentea a través del valle plano, la vista hacia el este no tiene comparación, todo bajo la bruma de diciembre. Los árboles junto al río bajo la neblina lluviosa. El lugar me conmocionó y cobré algo de valor. Directamente al lado de la basílica traté de forzar una casa, pero me fui rápido porque estaba demasiado bien cerrada y habría hecho tanto ruido que el vecino se hubiese enterado. En Domrémy fui a la casa de Juana; así que de ahí viene ella, está justo al lado del puente. Hay una firma suya delante de la cual me quedé parado largo rato. Firma Jehanne, pero probablemente le hayan guiado la mano.

Domingo, 8/12

Al campo acá lo están matando por negligencia. Los chicos juegan alrededor de la iglesia. A la noche tuve mucho frío. Un hombre mayor cruza el puente, no se siente observado; camina despacio y pesadamente, haciendo pausas todo el tiempo después de dar unos pasos cortos y vacilantes; es la muerte que

camina con él. Todo está medio a oscuras aún. Nubes bajas, hoy no va a ser un buen día. El casamiento de Till era sobre la montaña, que estaba cubierta de nieve, y yo empujaba a la abuela montaña arriba. Desde lo alto Erika gritaba que nos quedáramos sentados ahí donde estábamos. Yo le decía, primero, que no estábamos sentados y, segundo, dónde nos íbamos a sentar en la nieve mojada. Una oveja atlética y esquilada que se había perdido en la calle pueblerina se me acercó en el semicrepúsculo y me baló, tras lo cual recayó de nuevo en un trote elástico. Ahora que amanece empiezan los gorriones. El pueblo estaba ayer perezoso como una oruga en el frío. Hoy, domingo, ya se metió en su capullo. Con la helada revientan las lombrices que no llegaron a cruzar el asfalto de la ruta. Bajo los aleros de chapa, donde uno puede sentarse afuera en verano, ahora se agazapa la soledad, lista para saltar.

Domrémy-Greux-Le Roises-Vaudeville-Dainville-Chassey: sobre las colinas pende una lobreguez lluviosa bien baja, pero es sólo llovizna, eso se aguanta. Soledad total, un arroyo del valle es mi acompañante. Una garza gris vuela todo el tiempo unos kilómetros delante mío, luego se posa y, cuando me acerco, avanza volando otro trecho. La voy a seguir, vuele adonde vuele. La humedad lo cubre todo, la campera, los pantalones, la cara, el pelo. De los arbustos pelados cuelgan gotas. Las belladonas, negro azuladas, se han cubierto de bruma gris. En todos los árboles crecen liquenes gris hielo, a veces también hiedra, es un bosque infinito, denso, salvaje, exuberante, gris hielo. Desde muy adentro llega el eco de una batida, luego aparecen cazadores por la ruta. Desde una camioneta emerge una jauría de perros. Los pueblos están medio abandonados, medio desmoronados, totalmente olvidados. Las casas no son más que pequeños montones de piedras gris hielo, húmedas y hundidas en sí mismas. De a poco va aclarando, pero el aire sigue húmedo, el paisaje es sombrío y gris. En Chassey, un camión chupa leche de unos cántaros a su tanque. Dentro de mí ascendió una gran y clara determinación acerca de mi destino. Voy a llegar al Marne hoy mismo. Cirfontaines languidece, casas abandonadas, un árbol cayó atravesado sobre un techo, hace mucho tiempo. En el pueblo habitan grajillas. Dos caballos comen la corteza de un árbol. Las manzanas se pudren alrededor de los árboles sobre el suelo embarrado y mojado, nadie las cosecha. En un árbol, que de lejos parecía ser el único con hojas, aún cuelgan todas las manzanas, misteriosamente juntas las unas a las otras. No hay una sola hoja en el árbol mojado, sólo manzanas mojadas que no quieren caer. Agarré una, me resultó bastante ácida, pero me dio jugo contra la sed. Tiré el corazón de la manzana contra el árbol y las manzanas cayeron como lluvia. Cuando las manzanas

volvieron a calmarse y a quedarse quietas en el piso, pensé que no había nadie que pudiera imaginar semejante desolación humana. Es el día más desolado, el más solitario de todos. Fui hasta el árbol y lo sacudí hasta que quedó completamente vacío. En medio del silencio las manzanas tamborilearon contra el suelo. Cuando se terminó, cayó un silencio terrible sobre mí, miré a mi alrededor y no había nadie. Estaba solo. En una lavandería abandonada tomé agua, pero eso fue más tarde.

Caminaba hacia un alud de nieve mojada y ni me daba cuenta al principio. De pronto toda la pendiente entraba en un movimiento reptante, el suelo entero empezaba a moverse bajo mis pies. ¿Qué es lo que repta ahí, lo que silba?, decía yo. ¿Es una víbora lo que silba? Entonces toda la ladera de la montaña reptaba y silbaba conmigo. Mucha gente debía pasar la noche en un estadio y, como dormían bien juntos sobre escalinatas muy empinadas, se patinaban y rodaban aludes enteros de gente. No tenía de dónde agarrarme y terminaba en un arroyo, mucho antes de Poissons, incluso podía ver dónde nacía, y el arroyo, decía yo, te llevará al Mame. En la oscuridad pasé el Mame a la altura de Joinville, primero el canal, después el río, que fluye veloz y está sucio de lluvia. Al pasar por una casa vi que había una carrera de esquí en el televisor. ¿Dónde voy a dormir? Un sacerdote español leía la misa en mal inglés. Cantaba con tonos errados en un micrófono saturado, pero detrás suyo había hiedra sobre el muro de piedra y ahí hacían ruido los gorriones, tan cerca del micrófono que al sacerdote ni se le entendía. Los gorriones se amplificaban por cien. Una chica joven y pálida se desmayaba en los escalones y moría. Le llegaban a dar agua fresca en los labios, pero ella prefería la muerte.

Lunes, 9/12

Ayer fue el segundo día de Adviento. La segunda parte de la ruta ayer: Cirfontaines-Harmeville-Soulaincourt-Sailly-Noncourt-Poissons-Joinville. En Joinville flota sobre todas las cabezas una conspiración. Aún no tengo claro el camino de hoy, probablemente directo rumbo a Troyes, pero tal vez pase por Wassy. Las nubes no se ven muy distintas que ayer, lo mismo: lluvia y oscuridad. Al mediodía, en Dommartin le France, comí algo. El paisaje es aburrido, con colinas, pelado, campos arados y mojados. En los surcos se junta el agua fría, a cierta distancia todo se pierde en la humedad de las nubes. No es una verdadera lluvia, sino una llovizna indolente. Las poblaciones están bien separadas una de otras, silenciosas, rara vez pasa algún auto. El caminar

camina. Me da exactamente lo mismo hacia dónde y hasta dónde vaya a ir hoy.

Desde el otro lado de la ruta, que corría a lo largo del borde de un campo mojado, se me vino de frente un perro grande, a todas luces sin dueño. Le dije guau, cruzó enseguida adonde estaba yo y empezó a seguirme. Como yo me daba vuelta a menudo y él no quería ser visto, se me acercaba al trote desde atrás por la cuneta de la ruta. Esto siguió así durante varios kilómetros. Cuando lo miraba, se encogía dentro de la cuneta y se frenaba, indeciso. El perro grande se achicaba. Si yo avanzaba, avanzaba él también. Después desapareció súbitamente, miré largo rato a mi alrededor y esperé un tiempo, pero no volvió a aparecer. *Ama tu cama como a ti mismo* estaba escrito con tiza sobre la pared de una casa.

¿Por cuánto tiempo no hubo ni asomo de un sitio donde acuclillarse? Me dije, acuclillándome. No hay más que campos cosechados y llenos de agua, arriba las nubes mojadas y grises. Los tallos de las plantas de maíz han absorbido demasiada agua y se van pudriendo, doblados sobre sí mismos. Al costado del camino me llamaron la atención unas acumulaciones, colonias de hongos resbalosos del tamaño de ruedas de autos con aspecto de ser malignos, con pensamientos venenosos, putrefactos de agua. Unos caballos, grises por la edad, estaban parados inmóviles en las praderas acuosas, cientos de miles formando una calle. Patos en granjas enlodadas. Durante un descanso, noté que unas ovejas me miraban fijo desde atrás. Estaban paradas en fila, todo esto justo al lado de una estación de servicio. Cuando el que atendía me echó el ojo con desconfianza, las ovejas se acercaron cerradamente todavía más, y el cerco me dio tanta vergüenza que hice como si el descanso ya hubiera terminado hacía mucho, aunque estaba tan contento con la parecita de piedra desde la que al fin había podido bambolear mis piernas. Por primera vez hoy vi dos tractores trabajando un campo, a lo lejos en la llovizna. Desde la llanura del Rin que no veía a nadie en los labrantíos. Están colocando árboles navideños, sin adornos aún, así nomás. Al final la zona se volvió del todo plana y va a seguir así por mucho tiempo. La soledad estuvo hoy delante mío en el oeste, yo ni podía mirar tan lejos, para allá la mirada se me perdía. Vi ascender pájaros desde un campo vacío, cada vez eran más, al final el aire se llenó por completo de ellos y vi que provenían del interior de la Tierra, de lo más profundo, donde se encuentra la fuerza de gravedad. Ahí también hay una mina de papas. La ruta era tan interminable que tuve miedo. Hace una semana que por la lluvia y el gris de la llovizna se me ha hecho imposible

siquiera adivinar la posición del sol. A mi arribo a Brienne, la gente empezó de inmediato a esconderse, sólo un pequeño almacenero tenía abierto por descuido. Después cerró también él y desde ese momento el pueblo quedó despoblado, muerto. La ciudad está dominada por un castillo grande y macizo, cercado por una valla de hierro forjado. Ahí está el manicomio. Hoy me dije con frecuencia: bosque. La verdad atraviesa incluso los bosques.

Martes, 10/12

Por el momento, clima completamente despejado, gran sensación ver el sol, todo echa vapor, el Aube humea como si estuviera hirviendo, los campos se vaporizan. Si miro al cielo mientras camino, trazo sin querer una curva hacia el norte. Enseguida pasando el Aube el vapor de un campo era tan denso y tan pegado al piso que anduve hundido en él hasta los hombros. Visión amplia, el terreno es casi llano. Una mujer sarnosa echó a un perro sarnoso de su casa. Oh, Dios, qué frío tengo; Dios, haz que mis padres lleguen a viejos. Burro caía (porque la baranda del balcón tenía agujeros inadecuados) desde el décimo piso y moría en el acto. El dueño del hotel, que temía por su buena reputación, me ofrecía, puesto que mi dolor era tan terrible, diecinueve mil marcos para mi formación profesional. Formación en qué, decía yo, ese es un dinero de Judas, no le devuelve la vida a nadie. La ruta, un atajo hacia Piney, estaba toda para mí. A través de la pared del galponcito para herramientas en el que dormí escuché a alguien roncar, después de medianoche hubo una vez un barullo breve, me desvelé y por un instante pensé en huir. Las casas y las personas son acá muy distintas, pero todos los pueblos han conocido tiempos mejores. Cruzando unas vías me encontré con un viejo guardabarrera que está jubilado pero que viene cada día con una gamuza a la casita del guardabarrera, habitada ahora por su sucesor, y limpia el interior del sistema de control automático. Lo dejan hacer. Lentamente volvieron las nubes, pero los pájaros cantaban lindo. En Piney compré leche y mandarinas, descansé en medio del pueblo. Al mirar mejor me di cuenta de que estaba sentado en la marcación de un punto trigonométrico.

El trayecto es recto; cuando sube por las colinas, va derecho hacia las nubes. Grandes campos vacíos; los autos andan por la ruta como succionados. Poco después de Piney me controlaron unos policías asombrados, que no me creían una sola palabra y ya me querían llevar con ellos en el patrullero. El entendimiento llegó recién por medio de la ciudad de Munich. Dije

Oktoberfest y uno de los policías había estado ahí alguna vez y se acordaba de la palabra *Glockenspiel* y de la palabra *Marienplatz*, las sabía decir en alemán. Después me dejaron en paz. Desde muy lejos, desde una colina, vi Troyes. Luego unas grullas me pasaron volando por arriba en perfecta formación. Volaban en contra del fuerte viento, apenas un poco más rápido que yo a pie. Eran veinticuatro, grandes, grises y de vez en cuando una emitía un chillido ronco. Cuando una ráfaga de viento se les metía en la formación, algunas planeaban, mientras otras, las que habían sido arrancadas del conjunto, luchaban por volver a su posición; era maravilloso cómo se ensamblaban. Como el arco iris, las grullas son una metáfora para el caminante. Pasando Troyes vi una ligera cordillera, probablemente la parte de enfrente del valle del Sena. Las grullas giraron entonces de manera abrupta hacia el sudeste, supongo que en dirección al parque nacional que está ahí. Antes de cruzar el Sena compré una leche y la tomé sentado sobre la baranda del puente. El cartón vacío que arrojé al agua llegará a París antes que yo. La naturalidad con la que se mueve la gente me causó asombro. Tanto hace que no estoy en una gran ciudad en serio. Fui directo hacia la catedral y no quería salir de mi asombro. Sobre pies doloridos di vueltas despacio por el exterior, de puro asombro no me animé a entrar. Igual mi presencia no estaba para nada prevista. Tomé un cuarto de hotel minúsculo y lavé la camiseta de Nuber, porque ya no huele a Nuber en su partido despedida para los Kickers Offenbach, sino a mí. Ahora se seca sobre el pequeño radiador de la calefacción central. Las grandes ciudades ocultan la mugre, también tienen mucha gente gorda. Vi a un hombre gordo sobre una bicicleta de carrera y a un hombre gordo sobre un ciclomotor con su perro sarnoso sentado delante de él sobre el tanque de nafta; también le compré algo de queso a una joven vendedora gorda que me trató como a un noble a pesar de que estoy totalmente desfigurado. Vi a dos chicos gordos delante de un televisor, la imagen estaba deformada hasta lo irreconocible y sin embargo miraban fascinados. En el mercado había un joven con muletas, estaba apoyado contra el muro de una casa y mis pies no querían más. Con una única mirada muy corta medimos el grado de nuestro parentesco.

Miércoles, 11/12

Todo lo que veo por delante es el trayecto. De pronto, sobre la cresta de una colina, pensé que había un jinete, pero al acercarme era un árbol, luego vi una oveja y dudé si no sería un arbusto, pero era una oveja que estaba muriéndose.

Murió en silencio y patéticamente; nunca había visto morir una oveja. Caminé muy rápido.

En Troyes había nubes bajas y rápidas en la oscuridad del crepúsculo, y empezó a llover. Fui en tinieblas hacia la catedral y tras dar una vuelta furtiva alrededor de ella, la Sombría, me di un empujón y entré. Adentro estaba aún muy oscuro, me quedé parado y en silencio en un bosque de gigantes que hace eras que está a oscuras. Afuera había tal tormenta que mi capa para la lluvia se rompió, fui de parada de ómnibus en parada de ómnibus buscando refugio en las casitas techadas. Luego abandoné la insoportable ruta principal y avancé paralelo a ella junto al Sena. Una zona desolada, como suburbios interminables, con algunas granjas en medio. El cableado eléctrico aullaba y se balanceaba en la tormenta; avancé todo el tiempo ligeramente inclinado hacia adelante para que el viento no me levantara por las piernas. Las nubes estaban a máximo cien metros de altura, formaban un único acecho. Al pasar por una fábrica un vigilador me gritó desde atrás creyendo que yo quería entrar en el terreno, pero lo único que hacía era mantenerme lejos de los camiones y sus cataratas de agua. Es imposible caminar por los campos, todo está inundado y pantanoso. Donde hay labrantíos el suelo es demasiado pesado. Fortalecido por el clima, hoy me fue más fácil hacerles frente a las caras. Los dedos están tan congelados que escribir requiere un gran esfuerzo.

De pronto una nevada, relámpagos, truenos y tormenta, todo al mismo tiempo, justo arriba mío, tan rápido que no encontré refugio. Busqué que la cosa pasase de largo apoyándome contra la pared de una casa, del lado protegido a medias del viento. Justo a mi derecha en la esquina de la casa un fantástico perro lobo asomó su cabeza por el enrejado del jardín y me mostró los dientes. En minutos se formó una capa de un palmo de alto de agua y nieve sobre la ruta y un camión me salpicó entero con todo lo que había ahí. Poco después salió el sol por unos segundos, a lo que le siguió una lluvia tormentosa. Fui pasando de refugio en refugio. En la escuela de Savières pensé en ir en auto hasta París, qué sentido tiene esto. ¿Pero haber llegado tan lejos a pie para después ir en coche? Mejor haber saboreado el sinsentido, si lo es, hasta las heces. St. Mesmin, Les Gres. No alcancé del todo Les Gres en mi huida de una enorme pared oscura que se me acercaba a toda velocidad. Me metí precipitadamente en el lavadero de una casa habitada sin que nadie notara mi presencia. El infierno duró cinco minutos. Afuera los pájaros luchaban entre el grueso granizo que caía horizontal. En cuestión de minutos la cosa pasó a toda velocidad sobre mí, dejando todo blanco, luego destelló

inconstante un sol dolorido, detrás del cual ya venía la próxima pared, profunda y negra y amenazadora. En Les Gres, estremecido hasta las suelas, pedí un café *au lait*. También buscaron refugio dos policías motorizados con uniformes de goma que les daba aspecto de buzos. No se puede seguir caminando. La tormenta me dio tanta risa que entré en el local con la cara toda desfigurada. Enseguida temí ser apresado por los policías y volví a asegurarme frente al espejo del baño de que aún tenía aspecto humano. Lentamente las manos vuelven a calentarse.

Caminé y caminé un largo trecho. Bien lejos al aire libre, cuando se aproximaba otro estrépito y no había refugio a lo largo ni a lo ancho, un auto paró y me llevó durante el temporal un tramo hasta Romilly. Luego seguí a pie. Durante un aguacero con granizo me apoyé contra la pared de una casa, justo al lado de la ventana, ya que en el apuro no encontré nada mejor, y adentro, tan cerca que podría haberlo agarrado con el brazo, estaba sentado un anciano leyendo un libro a la luz de un velador. No se daba cuenta de la tempestad desenfrenada que había afuera, tampoco de que me encontraba tan cerca, respirando contra la ventana. Mi cara, mirada de nuevo en un espejo porque en ella se agitó una premonición, ya no me resultó del todo conocida. El resto del trayecto lo podría hacer nadando. ¿Por qué no nadar por el Sena? Nadaba yo con un grupo de gente que huía desde Nueva Zelanda hacia Australia, y lo hacía adelante de todos, porque era el único que conocía el trayecto. La única posibilidad que tenían los fugitivos de escapar era nadando, pero la distancia era de ochenta kilómetros. Le aconsejaba a la gente llevar consigo pelotas de fútbol de plástico a modo de flotadores adicionales. Para los que se ahogaron, la empresa se hizo legendaria antes aun de empezar. Tras varios días llegábamos a una ciudad en Australia; yo era el primero en pisar tierra; de los que me seguían, primero llegaban los relojes pulsera empujados por la corriente, a medias hundidos bajo el agua. Yo atrapaba los relojes y sacaba a los nadadores del agua. Sobre tierra tenían lugar grandes y patéticas escenas de hermandad. De todo el grupo yo sólo conocía a Sylvie Le Clezio. Cuando empezó otra vez a llover bien fuerte, quise buscar refugio en una parada de ómnibus techada, pero ya había varias personas adentro. Dudé y finalmente me agazapé en una escuela. El portal por el que pasaban los autos se cerró haciendo ruido y un maestro me escudriñó desde un aula. Luego salió, en sandalias y overol azul, y me ofreció entrar en el aula, pero para ese momento ya había pasado lo peor y yo venía demasiado embalado con la caminata como para descansar mucho tiempo. Los tramos que recorro ahora son muy largos. Al irme coloqué con suma suavidad la puerta en su pestillo, a

fin de que mi partida ocurriera sin llamar la atención. Caminé interminablemente hasta Provins; decidí comer en grande, pero sólo pude tragar una ensalada. Si ahora tuviera que pararme, se levantaría un mamut.

Jueves, 12/12

Llamé a Pierre-Henri Deleau, lo saqué del sueño; es el único que ahora sabe que estoy llegando a pie. Nangis: trayecto completamente recto, agradable de caminar, porque puedo trotar al lado de la ruta. Frío, empieza una leve nevisca, luego lluvia. Hace mucho frío; al costado de la nieve caigo en un control policial, que se hizo muy desagradable. Campos cosechados, avenidas de árboles, montañas de remolacha azucarera. En Provins estuve vagabundeando largo rato por la mañana, sin dudas unos diez kilómetros en tota l; en mí crece la voluntad de ponerle fin a todo, pero desde Provins son seguramente ochenta kilómetros hasta París, sumando el tramo que ya caminé da unos buenos noventa kilómetros. No voy a dejar de caminar hasta estar ahí. Una noche todavía, y después medio día más. La cara me quema de frío. Anoche dormí un poco mejor, aunque estos últimos días me vengo levantando a las tres y media de la madrugada, y lentamente me pongo en marcha. Primero me encaminé en la oscuridad a la parte alta de Provins y me imaginé lo sombría que debe haber sido hace mil años; es algo que se ve en los edificios. Un ómnibus casi vacío me sobrepasó y el conductor abrió en marcha las puertas automáticas para arrojar la colilla aún ardiente de su cigarrillo. Se abrieron ambas puertas, la de adelante y la de atrás. El conductor lo hace por costumbre, casi nunca tiene pasajeros que llevar, su micro suele estar siempre vacío. Un día se cae un alumno con mochila que estaba apoyado contra la puerta trasera. Lo encuentran recién horas más tarde, porque los únicos dos pasajeros sentados más adelante no notaron nada. Pero es muy tarde y el chico muere esa misma noche. Durante el proceso, el conductor no tiene nada para decir en su defensa. Pero cómo pudo ser, se pregunta una y otra vez durante días. El fallo, por cierto, no ha sido dictado aún. Tengo las manos rojo cangrejo por el frío. Aún sigo caminando.

Viernes, 13/12

Caminé la noche entera. Periferia de París. Era el día en que mi abuelo se negaba a volver a pararse del sillón que estaba afuera ante la puerta. Como fondo había una granja, también un alambre para la ropa tendido entre varas

podridas del cual colgaban broches. Los patos chapoteaban dentro de una pequeña hondonada fangosa en la que se había acumulado el agua. A cierta distancia, un granero y una casita, de las que les construyen a los ferroviarios jubilados. Por las vías pasaba un tren sólo una vez por día. Mi abuelo estaba sentado en el sillón de cuero, envuelto en una manta hasta el pecho. Se negaba, sin explicación, a abandonar el sillón a partir de ese momento. Como el clima estaba bueno, lo dejaban en paz, más tarde le construían una especie de casilla provisoria alrededor, con paredes dispuestas de tal forma que se las puede volver a sacar de manera rápida y simple cuando afuera hace calor. El techo tiene clavada tela asfáltica. Detrás del abuelo, el primer edificio pasando la granja es la fonda. En el menú hay todo lo imaginable, pero la moza dice siempre hoy ya no nos queda eso, y aquello se nos acaba de terminar, y de chancho está a punto de no haber más nada, el carnicero entrega siempre todo mal. Sólo queda pescado, de distintos tipos, y esto es así todos los días desde que se abrió el local. Las mesas están separadas por acuarios, donde hay carpas, truchas y también algunos peces realmente exóticos, entre ellos una anguila eléctrica que puede suministrar fuertes descargas. Pero nunca sacan estos peces para prepararlos como comida, es un misterio de dónde obtiene la cocina sus pescados. *Cuando tengo hambre, tengo mucha hambre*, figura inscripto en cada acuario, y cuando se arrojan migas al agua desde arriba, los peces se pelean por ellas. El abuelo deja entrever que tiene la sensación de que todas las vértebras de su espalda están quebradas y que sólo se mantienen unidas porque está sentado contra el respaldo del sillón. Si se levantara, se derrumbaría como un montículo de piedras. Esto se podía notar según él en la clavícula, y completando con el hombro una especie de movimiento circular que alegaba no poder realizar con el otro hombro daba por probado que su clavícula ya no tenía una contraparte firme en la desmigajada columna vertebral, no al menos del lado izquierdo. Once años se pasaba el abuelo sentado en el sillón, luego se ponía de pie, iba a la fonda detrás de su casilla, pedía comida, comía pescado y, cuando quería pagar, el dinero que tenía en el bolsillo ya había perdido su validez, hacía años que habían cambiado los billetes. El abuelo visitaba luego a su vieja hermana, se acostaba ahí en la cama y se negaba a abandonarla nuevamente; la abuela dejaba de entender lo que pasaba, pero la hermana sí lo entendía. Todos los días venía la abuela y trataba de convencer al abuelo para que se levantara, pero él no quería escucharla. Pasados nueve meses, la abuela ya venía solo una vez por semana, en vez de a diario, y así quedaba la cuestión durante cuarenta y dos años. Para las bodas de oro, vino dos veces en una

semana, en dos días sucesivos, ya que el aniversario caía en la víspera de su día regular de visita. El camino era bastante largo, la abuela tomaba siempre el tranvía. Tras muchos años, el tranvía cerraba, arrancaban las vías de la calle y abrían una línea de ómnibus. Todos los días en que venía la abuela, llevaba consigo las botas del abuelo, se las mostraba e intentaba convencerlo de que se las pusiese y se levantase. Tras cuarenta y dos años tenía lugar una pequeña desgracia. Empujada fuera del ómnibus por pasajeros apremiantes, la abuela perdía la bolsa de plástico con las botas y antes de que pudiera recogerlas el ómnibus arrancaba y les pasaba por encima. ¿Qué hacer? Antes de visitar al abuelo, la abuela compraba un nuevo par de botas. Al ver las botas nuevas, el abuelo sentía curiosidad por probar si le apretarían. Se ponía las botas, se levantaba y se iba junto a la abuela. Dos años y medio después, el abuelo moría tras una noche de bowling en la que había ganado todo. Se moría de la alegría, demasiado grande para su fatigado corazón.

Vista de un gran bosque en la tormenta. Lluvia el día entero, la noche entera fría y mojada, entremedio copos de nieve. Pedazos de una casa rodante por ahí, de unos guantes que encontré, la caminata en la noche, el accidente, la recepción en lo de los rusos. La colina en la ciudad se hizo con los desechos de los tiempos de Luis XIV, por aquella época había ahí campo abierto y la basura se juntó de tal forma que hoy la ciudad tiene una montaña norma l, con calles asfaltadas y edificios.

Busqué la flecha de Claude, que disparó bien arriba en un tronco y que se mantuvo ahí inamovible todo este tiempo, pero según él se había podrido y había caído hacía poco; al recogerla, en el árbol sólo quedaba la punta de acero. Los pájaros habían usado la flecha como punto de aterrizaje y como rama; Claude dijo que muchas veces había visto cinco o seis mirlos posados en fila sobre ella. Lo que sí conservaba aún eran los limones pequeños y secos que había cosechado en In Gall, en el primer árbol después de cruzar el Sahara. La pólvora y los cartuchos para la caza los hace él mismo, incluso el fusil lo fabricó él.

A la mañana alcancé el borde de París, pero me llevó medio día más llegar hasta los *Champs Elysées*; caminé hasta ahí con pies tan cansados que ya no tenía conciencia de ellos. Un hombre quería atravesar el bosque y no volvía a aparecer. Un hombre paseaba solo en una playa lejana con su perro grande. Le agarraba un ataque al corazón, y como la correa se enganchaba en su muñeca tenía que seguir avanzando, porque el perro estaba desenfrenado y

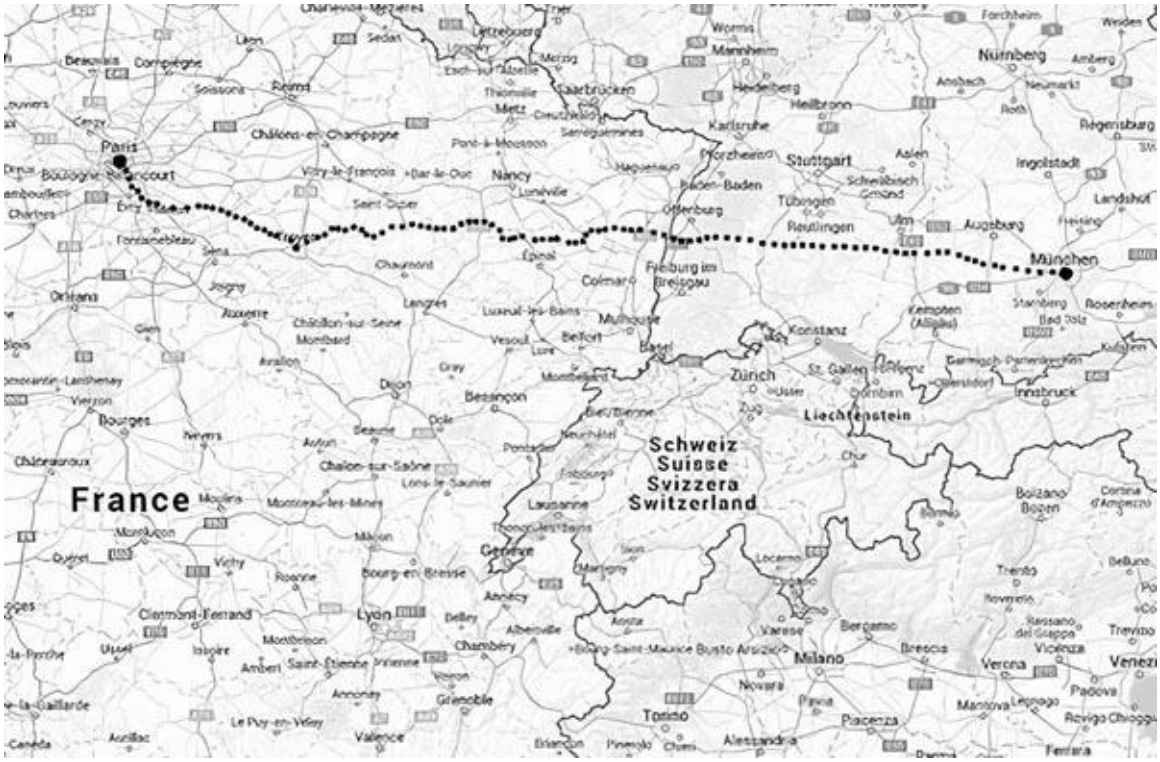
quería correr. Un hombre tenía un pato vivo en su bolsa de compras. Un mendigo ciego tocaba el acordeón, las piernas cubiertas desde las rodillas con una manta a rayas. La mujer que estaba con él sostenía la taza de aluminio para el dinero. A su lado tenían también una bolsa de compras, desde la que asomaba un perro enfermo. Un perro enfermo da más dinero. A veces mi mirada atravesaba la ventana hacia la gran playa allá afuera. Había olas fuertes, oleaje, y nada más que bruma en el amanecer. Hias dice que ve hasta el fin del mundo. Y que estamos cerca del aliento de eso que se llama peligro.

Varios mozos empezaron a perseguir a un perro que se había escapado de un café. Una pequeña pendiente se le hizo demasiado empinada a un hombre mayor y arrastraba la bicicleta, andando pesadamente, rengueando y jadeante. Al final se detiene tosiendo, no puede más. Atrás en el portaequipaje lleva atado un pollo congelado del supermercado.

Buscar música peruana de harpa con cantante. Gallinas exaltadas, almas engrasadas…

Sábado, 14/12

A posteriori, lo siguiente: caminé a lo de nuestra Eisner, todavía estaba cansada y marcada por la enfermedad. Alguien le tiene que haber dicho por teléfono que yo había venido a pie, yo no quería mencionarlo. Estaba avergonzado y levanté mis doloridas piernas sobre una segunda silla que me alcanzó ella. En el desconcierto me cruzó la cabeza una palabra, y como la situación igual era extraña, se la dije. Juntos, le dije, vamos a cocinar fuego y a detener pescados. Ahí me miró, sonrió muy delicadamente y, como sabía que yo estaba a pie y por eso desprotegido, me entendió. Por un breve y delicado momento algo dulce atravesó mi cuerpo muerto de cansancio. Entonces le dije: abra las ventanas, desde hace unos días que puedo volar.


Paris
Nancy
Stuttgart
München
Nürnberg
Zürich
Innsbruck
Liechtenstein
Schweiz
Suisse
Svizzera
Switzerland
France
Genève
Lyon
Milano
Torino

A MODO DE EPÍLOGO

Laudatoria de Lotte Eisner en ocasión

de la entrega del Premio Helmut Kautner

Damas y caballeros: hoy toca honrar a Lotte Eisner, la Eisnerin. El primero en llamarla de este modo fue Bertolt Brecht, que en su desfachatez solía decir casi siempre lo correcto, y así también quedó.

¿Quién es la Eisnerin? Quisiera decirlo ya desde el principio: es la conciencia de todos nosotros, la conciencia del Nuevo Cine Alemán y, desde que falleció Henri Langlois, también la conciencia del mundo en el cine. Sobrevivió escapando a la barbarie del Tercer Reich y hoy está entre nosotros en suelo alemán. El hecho de que usted, Lotte Eisner, haya vuelto a pisar este país constituye por sí solo uno de los milagros que nos han caído del cielo.

Benditas sean las manos de aquellos que le han entregado el Premio Helmut Kautner, bendito sea el lugar sobre el que está sentada, acá en Düsseldorf entre nosotros, y bendito sea, damas y caballeros, su afecto, del que dan testimonio con su presencia.

Se nos ha ido Langlois, el dragón que custodió nuestros tesoros, el brontosaurio, ese coloso singular, y ahora sólo nos queda la Eisnerin. Lotte Eisner, la saludo y la honro como al último mamut de la Tierra; como a la última persona viva en el mundo que conoce el cine desde la hora de su nacimiento, o mejor dicho: usted ha conocido personalmente, y con frecuencia también ha patrocinado, a todos los que tuvieron importancia desde el inicio de la cinematografía: al mago Méliès, que rodó sus películas entre 1904 y 1914 (aunque recién lo conoció después de esta época), luego a Eisenstein, Chaplin, Fritz Lang, Stroheim, Sternberg, Renoir, todos. Y no

hubo ninguno que no la haya venerado, cosa que también ocurrió con la generación siguiente y con la actual, la mía.

La Eisnerin es la meta de nuestras peregrinaciones, y en su pequeño departamento de París son casi exclusivamente personas jóvenes las que se reúnen a su alrededor, porque su espíritu se ha mantenido joven. Sólo su cuerpo ha envejecido, convirtiéndose en un peso y un fastidio, cuando lo cierto es que preferiría escalar montañas con nosotros.

Lotte Eisner, no quiero callar aquí aquel momento vergonzoso en el que usted quiso cobardemente escabullirse de nosotros y de esta vida. Esto ocurrió en 1974, cuando nosotros, el Nuevo Cine Alemán, aún éramos una planta sensible, no enraizada en la tierra con firmeza, ridiculizados como cine juvenil. Nosotros no podíamos permitir que usted muriera. Yo mismo intenté en aquel momento conjurar el destino; por aquel entonces escribí, y discúlpeme que lo cite:

> *«Nuestra Eisner no debe morir, no va a morir, yo no lo permito. No morirá, no. No ahora, no lo tiene permitido. No, no va a morir porque no está muriendo. Mis pasos son firmes. Y ahora tiembla la tierra. Cuando yo camino, camina un bisonte. Cuando descanso, reposa una montaña. ¡Cuidadito! No lo tiene permitido. No lo hará. Cuando llegue a París, ella estará con vida. No será de otra manera porque no está permitido que lo sea. Ella no tiene permitido morir. Más tarde tal vez, cuando nosotros lo autoricemos».*

Lotte Eisner, queremos que siga entre nosotros cuando sea centenaria, pero con esto la eximo de aquel horrible conjuro. Tiene permiso para morir. Lo digo sin frivolidad, con profundo respeto por la muerte, que es nuestro único saber firme. Lo digo también porque a través suyo nosotros ahora nos hemos afirmado, porque nos ha posibilitado relacionarnos con nuestra propia historia y, más importante aun, porque usted nos ha conferido legitimidad.

Es extraño que la catástrofe de la Segunda Guerra interrumpa la continuidad en el cine alemán. El hilo había llegado a su fin, en rigor con anterioridad. El camino llevaba a la nada. Y con excepción de muy pocas películas y directores, como Staudte y Käutner, ya no existía el cine alemán. Se abre ahí un agujero de todo un cuarto de siglo. En la literatura y en otras áreas esto no

se percibió de manera tan dramática. Nosotros, la nueva generación de directores de cine, somos una generación sin padres. Somos huérfanos. Sólo tenemos abuelos, o sea Murnau, Lang, Pabst, la generación de los años veinte.

Sus libros, sobre todo su libro sobre el cine alemán expresionista *La pantalla demoníaca* (que estoy seguro de que quedará como el estudio definitivo y concluyente sobre esa época), también su libro sobre Murnau y el libro sobre Fritz Lang, y más allá de eso su quehacer en la Cinemathèque en París y su interés por nuestro destino, es decir el de los jóvenes, todo eso nos ha tendido un puente hacia un contexto histórico, histórico-cultural. El significado de esto es algo que nunca entenderán los franceses, que si bien se vieron afectados por la misma catástrofe prosiguieron casi sin solución de continuidad. Tampoco lo entenderán los italianos, que enseguida después de la guerra crearon el neorrealismo, ni los norteamericanos, ni los rusos, nadie. Sólo nosotros mismos lo podemos apreciar.

Cuando aquella vez llegué exhausto, escarnecido y desesperado, usted lanzó una frase como al pasar: «Escúcheme, la historia del cine no les permite a los jóvenes realizadores alemanes como usted que se den por vencidos».

Lo segundo que para nosotros tiene un significado muy especial es la cuestión de la legitimidad. Declaro e insisto, y desde hace muchos años: EN ALEMANIA HEMOS VUELTO A TENER UNA CULTURA CINEMATOGRÁFICA LEGÍTIMA. Para que se me entienda bien, damas y caballeros, digo esto en contraposición con aquello que la época nazi ha volcado sobre nosotros en términos de barbarie y de horror. Pero no somos legítimos gracias a una declaración hecha por medio de un veredicto arbitrario, por así decirlo; legítimos recién nos hizo quien constituye nuestra autoridad última, la Eisnerin. Fue a través de ella que se nos concedió la legitimidad. Tal vez me sea permitido explicarlo así: cuando en la Edad Media alguien era coronado rey, esto ocurría por sucesión y sobre todo por poder, pero a la legitimidad debía buscársela con el Papa en Roma. Puesto que la Eisnerin nos ha declarado legítimos, lo somos. Y fue recién esto lo que nos posibilitó el acceso al público extranjero.

¿Quién es la Eisnerin? Hago la pregunta por segunda vez. Lo que hoy es usted para nosotros, Lotte Eisner, es algo que no se podía prever al principio de su vida. Sigue usted enojada con su madre por no haber nacido varón y piel roja. A los cinco años leía a Karl May y quería ser un piel roja. Con alfombras construyó un *wigwam* y les arrancaba el cuero cabelludo a sus muñecas. Le

atraían las sagas de la antigüedad clásica, y esto en una época en que los chicos aún no suelen ni haber aprendido a leer. Más tarde leía a Dostoievski debajo del banco de la escuela. Se convirtió en arqueóloga y en historiadora del arte, y hoy ha vuelto con algún rodeo a ser una especie de arqueóloga. Usted descubre y saca a la luz. Una compañera de escuela le habló de un granuja entrañable que se hacía pasar por poeta. En un cuaderno escolar había escrito a mano una obra le teatro y usted debía leerla, porque su amiga no entendía nada de literatura y decía que, si era buena, quería tener un *affaire* con él. El título de la obra era *Baal*. «Escúchame —le dijo usted después de leerlo por la noche—, este va a ser el mejor dramaturgo de Alemania». Por esa época, el autor no se llamaba aún Bertolt, sino Eugen. Eso fue en 1921.

Los arqueólogos le parecían cocineros que cortan hojas de lechuga en cuadraditos, y tampoco quería juntar polvo como directora de un museo. Su director de tesis le sugirió en aquel entonces: «Por su disertación puedo deducir una cosa, y es que usted sabe escribir. ¡Escriba!». Escribió entonces sobre literatura, sobre teatro, estuvo en estrecho contacto personal con Max Reinhardt y con todos los grandes que dieron el teatro y la literatura de los años veinte. Luego la invadió el fuego del cine y aún hoy sigue ardiendo.

En 1933 escribió usted sobre la película Gas tóxico de Harry Piel, queriendo abrirles los ojos a sus lectores acerca del horrible futuro que vislumbraba. El *Völkische Beobachter* respondió textual: «El *Film-Kurier* se arranca la máscara del rostro. La periodista bolchevique judía Lotte Eisner…» escribe esto y lo otro. Y después, literalmente, y uno se atraganta al repetirlo: «Si ruedan cabezas, esta cabeza va a rodar». Cuando Hitler tomó el poder, esa misma tarde, usted, Lotte Eisner, abandonó Alemania para siempre, expulsada como muchos de los mejores que tenía este país. Sus hermanos vacilaron en seguirla. «Se van a alegrar si más tarde los dejan llevarse al menos una valija», les dijo proféticamente.

Durante la ocupación vivió varios años en Francia, escondida y bajo un nombre falso. Usted ha sobrevivido. Según es su deseo, sus cenizas han de ser esparcidas en un bosque francés.

Siguió trabajando. Junto con Henri Langlois salvaron miles de películas mudas, que de otro modo se habrían perdido de manera irremediable. Escribió sus libros, que se hicieron tan importantes para nosotros, y siguió descubriendo y patrocinando. Se dedicó sin dudarlo a nosotros, que

rodábamos trabajosamente nuestras primeras películas en Alemania. Usted nos dio alas, en el sentido más directo.

Con su autorización, Lotte Eisner, me permito leerles, damas y caballeros, lo que escribí poco antes de la Navidad de 1974, cuando mi furibunda peregrinación llegó a su fin: «Por un breve y delicado momento algo dulce atravesó mi cuerpo muerto de cansancio. Entonces le dije: abra las ventanas, desde hace unos días que puedo volar».

Lotte Eisner, no soy el único al que usted le dio alas. Le agradezco. Y también a ustedes, damas y caballeros, por su atención.

Werner Herzog

12 de marzo de 1982